

# populismo y relaciones de clase en américa latina\*

OCTAVIO IANNI\*\*

## 1. Masa y clases sociales

Uno de los principales problemas planteados por la vida política latinoamericana es la forma en que las masas desaparecen del escenario político de cada país. Ya se ha explicado satisfactoriamente de qué manera estas masas surgieron constituyendo un elemento nuevo en la historia política de las naciones de América Latina.<sup>1</sup> La urbanización, la industrialización, las transformaciones tecnológicas y sociales en el mundo agrario,

\* Ensayo escrito en 1968 para los Cursos de Verano organizados por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. El texto fue revisado en 1971 para su publicación en esta revista.

\*\* Del Centro Brasileiro de Analise e Planejamento (São Paulo, Brasil.)

<sup>1</sup> Conviene recordar que algunos de los principales aspectos sociales, culturales y políticos del surgimiento de los movimientos de masas en América Latina se encuentran en las siguientes obras: Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1966, 2a. ed.; José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1964; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1964; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962; Philip M. Hauser (Editor), *Urbanization in Latin America*, París, Unesco, 1961; Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967. En estas obras se encuentran bibliografías sobre los diferentes países.

rio, la revolución de expectativas y la explosión demográfica, son algunos de los principales factores señalados en el análisis de las causas y condiciones de la actuación de las masas en los acontecimientos políticos nacionales.

Sin embargo, aún no se han explicado satisfactoriamente las causas por las que esas mismas masas en ciertas ocasiones han pasado a ocupar un segundo plano o incluso barridas del escenario político. En México, a partir de 1940, el cardenismo quedó sumergido en la retórica oficial. En Guatemala, en 1954, las masas urbanas y campesinas que apoyaban al presidente Árbenz no resistieron al ejército de mercenarios comandados por el coronel Carlos Castillo Armas. En Bolivia, después de la revolución popular de 1952, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) fue cediendo poco a poco a las presiones de las fuerzas políticas y económicas reaccionarias o, quizá, permitiendo que éstas recuperaran el poder. En Perú, el aprismo, bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre, jamás superó su carácter de revolución imaginaria de la clase media. En Argentina, Perón fue depuesto sin que las masas se responsabilizaran de las tareas políticas que la crisis parecía suscitar. En Brasil, en 1964, la deposición del presidente Goulart no provocó una respuesta revolucionaria de las masas, acción que los propios golpistas temían.

No cabe duda de que esas experiencias nacionales

son diferentes unas de las otras pues los acontecimientos adquieren en cada país una connotación singular. No pueden compararse sumariamente cardenismo y getulismo o getulismo y peronismo; mucho menos aún pueden compararse cardenismo y fidelismo. Son varias las razones que impiden hacerlo con respecto a esos movimientos de masas; en primer lugar, en cada caso las masas revelaron una madurez política especial y por tanto conquistaron y consolidaron posiciones políticas de grados distintos. Si bien es cierto que la legislación obrera en México, Argentina y Brasil se desarrolló bastante en el sentido de la "paz social", también lo es que el sindicalismo siguió caminos bien diferentes en cada uno de estos países. Además, las revoluciones ocurridas en México, en Bolivia y en Cuba abrieron posibilidades notablemente distintas para las clases asalariadas de esas naciones.

En segundo lugar, las masas se convirtieron en elemento importante de la política nacional al lado de otras fuerzas políticas preexistentes o surgidas simultáneamente. Si de hecho las oligarquías no fueron totalmente liquidadas o se reajustaron a los nuevos contextos políticos, es innegable que las masas asalariadas urbanas (y a veces también las rurales) no pueden quedar relegadas por mucho tiempo, pues se imponen políticamente. Si es verdad que las fuerzas armadas nunca dejaron de mantener o aumentar su capacidad de actuación política, también lo es que a partir de estas experiencias populistas no se sienten tan tranquilas en el desempeño de sus papeles políticos.

Sin embargo, consideradas en conjunto, las experiencias populistas de los países de América Latina surgieron en configuraciones estructurales comunes y correspondieron a configuraciones históricas similares. Por una parte, ocurrieron durante la época en que se conforma definitivamente la sociedad de clases. Es el periodo en el que quedan superadas las relaciones estamentales o de casta creadas por el colonialismo mercantilista ligado al régimen esclavista y preservadas más o menos intactas hasta la Primera Guerra Mundial.

Por otra parte, y simultáneamente, las manifestaciones más notables del populismo aparecieron en la fase crítica de la lucha política de aquellas clases sociales surgidas en los medios urbanos y en los centros industriales contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo. En este sentido, el populismo es un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a las crisis del

sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas. Las nuevas relaciones de clase comienzan a expresarse de un modo mucho más abierto cuando las rupturas políticas y económicas (internas y externas) debilitan decisivamente al poder oligárquico.

Así, *en varios aspectos, el populismo latinoamericano corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente.* La naturaleza del gobierno populista (que es en donde se expresa más abiertamente el carácter del populismo) se localiza en la búsqueda de una nueva combinación entre las tendencias del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica. En este contexto, las masas asalariadas aparecen como un elemento político dinámico y creador. Las masas populistas (tanto por sus actuaciones como por la forma en que son manipuladas) posibilitan la reelaboración de la estructura del Estado, particularmente en lo que se refiere a sus nuevas atribuciones. Según las determinaciones de las propias relaciones sociales y económicas, en la época del populismo el Estado revela una nueva combinación de los grupos y clases sociales, interna y externamente. El colapso de las oligarquías, liberales o autoritarias, constituidas en el siglo XIX, junto con las crisis del imperialismo europeo y norteamericano, abre nuevas posibilidades de reorganización del aparato estatal. Es en este contexto que las masas surgen como un elemento político importante o decisivo.

Pero puede descubrirse otra característica importante del populismo latinoamericano *que corresponde a la etapa final del proceso de disociación entre los trabajadores y los medios de producción.* Corresponde a la época en que se constituye el mercado de la fuerza del trabajo a causa de la formalización de las relaciones de producción de tipo capitalista avanzado. En esta etapa, las masas trabajadoras quedan abandonadas a los esquemas sociales y culturales creados durante el predominio de las oligarquías paternalistas.

Los valores culturales (políticos, religiosos, etcétera) de tipo comunitario son abandonados paulatinamente y sustituidos por valores creados en el ambiente urbano industrial. En el plano de los procesos culturales que le son inherentes, el populismo expresa una posición avanzada en el proceso de secularización de la cultura y del comportamiento. Es en esta época que los trabajadores abandonan los núcleos comunitarios, desplazándose hacia el seno de grupos secundarios complejos,

cuyas relaciones se hallan con frecuencia altamente formalizadas. En las nuevas relaciones entre el trabajador, los instrumentos de producción y el producto de la fuerza de trabajo, los componentes animistas o mágicos quedan enmascarados por las exigencias impuestas por el ritmo y la escala de producción. Por esa razón, el populismo es en muchos aspectos el proceso (político, pero asimismo socio-cultural) mediante el cual se conforman plenamente las relaciones de clase dentro de las naciones de América Latina.<sup>2</sup>

Pero el carácter de clase inherente al populismo no aparece inmediatamente en el proceso de análisis. Muchas veces se mantiene difuso o inmerso en la práctica y en la ideología populista. Para comprender satisfactoriamente la naturaleza de las relaciones de clase inherentes a los movimientos de masas es preciso distinguir sus dos niveles principales.

En primer lugar, es necesario localizar el populismo de las altas esferas, esto es, de los gobernantes, políticos burgueses profesionales, burócratas políticos, peleles, demagogos. Se trata del populismo de las élites burguesas y de la clase media, que utilizan tácticamente a las masas trabajadoras y a los sectores más pobres de la clase media. Ese populismo instrumentaliza a las masas, al mismo tiempo que manipula las manifestaciones y las posibilidades de su conciencia. En situaciones críticas, este populismo abandona a las masas a su propia suerte, sin antes impedir que den el paso decisivo en las luchas políticas. Fue lo que ocurrió en las ocasiones en que fueron depuestos Árbenz (1954), Perón (1955) y Goulart (1964). En estos tres casos, los liderazgos populistas revelaron su naturaleza burguesa, en detrimento de las tendencias populares.

En segundo lugar, es necesario localizar el populismo de las propias masas; esto es, de los trabajadores, de los emigrantes de origen rural, de los grupos sociales de la baja clase media, de los estudiantes universitarios radicales, de los intelectuales de izquierda, de los partidos de izquierda. En situaciones normales, parece

<sup>2</sup> En la Revolución Mexicana, las luchas de los campesinos se orientan esencialmente en el sentido de recuperar los medios de producción, en este caso, la tierra. En sus mejores momentos (el zapatismo) sólo pudo establecer una sombra de poder central en sus territorios, porque era imposible para el campesinado como clase darse una perspectiva superior a la de la posesión de la tierra." (Cf. Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971, p. 70.) Esto es a pesar de las luchas en que se lanzó con Emiliano Zapata y Francisco Villa, en esta época el campesinado mexicano se encontraba en la condición de *clase económica* antes de que una *clase política*, como proyecto hegemónico.

existir una armonía total entre el populismo de masas y el populismo de la élite burguesa. Sin embargo, *en los momentos críticos, cuando las contradicciones políticas y económicas se agudizan, el populismo de las masas tiende a asumir formas propiamente revolucionarias. En estas situaciones ocurre la metamorfosis de los movimientos de masas en lucha de clases.*

En cada país, las condiciones de tránsito de la política de masas en lucha de clases están profundamente (aunque no exclusivamente) determinadas por las relaciones entre estos dos niveles del populismo. En el caso de México, donde ocurrió una ruptura revolucionaria, el populismo surgió como un subproducto de la revolución. En la medida en que el proceso revolucionario culmina en el cardenismo, la política de masas aparece como una regresión política. Por eso es que el cardenismo surge en la izquierda y avanza hacia la derecha en la importantísima combinación entre partido y Estado. En Guatemala, la metamorfosis del populismo en abierta lucha de clases (con las guerrillas) fue mediatizada por varios años de desgaste y reasentamientos. En estos años se elaboran las nuevas organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones políticas congruentes con las contradicciones de clase explicitadas en la legislación del populismo de Árbenz. En Chile, las experiencias populistas cambiaron de lenguaje y de liderazgo a medida que transcurrían los acontecimientos; sin embargo, encontraron su fin. En Bolivia, la revolución popular de 1952 fortaleció el populismo reformista sin avanzar hacia la acción política radical. En consecuencia, las sucesivas componendas con el orden burgués liquidaron simultáneamente al populismo de las élites y de las masas. En Argentina, el colapso del gobierno populista no liquidó totalmente al populismo de masas. Éstas aún encuentran en el peronismo sus principales puntos de apoyo político. En Brasil, el colapso del populismo (de las élites y de las masas) produjo organizaciones con técnicas, liderazgos e interpretaciones revolucionarias.<sup>3</sup> En Cuba, finalmente, el movimiento de masas desembocó rápida y "naturalmente" en lucha de clases. Como consecuencia de la naturaleza de las contradicciones internas (simbolizadas por el gobierno de Batista) y las peculiaridades de sus relaciones con el imperialismo, la metamorfosis del movimiento de masas en lucha de clases se realizó en Cuba con las mismas masas y los mismos liderazgos.

<sup>3</sup> Cf. Octavio Ianni, *O Colapso do Populismo no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1968.

Además, Batista había sido el líder de un movimiento populista importante, deteriorado por la dictadura. En la época final de la dictadura "populista" de Batista surge el movimiento "26 de julio", dirigido por Fidel Castro y otros. Al ocurrir este movimiento, las condiciones para la lucha de clases ya estaban dadas.

En esta forma, si consideramos en su conjunto las experiencias políticas latinoamericanas mencionadas, verificamos lo siguiente: en un extremo del populismo se halla la dictadura civil o militar de la burguesía, mientras que en el otro extremo se halla la dictadura de la clase obrera.

## 2. La crisis del Estado oligárquico

El populismo surgió en América Latina durante la época en que el Estado oligárquico (creado en el siglo XIX) entraba en su mayor crisis.<sup>4</sup> Esta circunstancia es una de las principales causas de la crisis final del Estado oligárquico. Es verdad que el populismo sucede a los movimientos de la clase media; por ejemplo, el *irigoyismo* argentino o el *tenientismo* brasileño. En general, los movimientos de clase media constituyeron las primeras y más vigorosas reacciones en contra del Estado oligárquico. Estas luchas se manifestaban ya, durante las últimas décadas del siglo XIX, en los países latinoamericanos más avanzados en su desarrollo económico, urbano y político-administrativo. Otras veces, sin embargo, los movimientos de clase media se combinaron en el seno de la política de masas, con las luchas realizadas por los sectores obreros. Además, una de las características primordiales del populismo es precisamente su compromiso con las luchas o con ciertos valores ideológicos de la clase media. Pero lo que resulta contundente es el hecho de que en la época del populismo el Estado oligárquico entra en su colapso definitivo, dando lugar a las dictaduras y democracias populistas. En muchas ocasiones como ocurrió en Argentina y en el Brasil, esas modalidades se combinaron y se sucedieron unas a las otras. En el caso mexicano, por su parte, el orden democrático se halla profundamente marcado por el predominio de un gran partido gubernamental. Sin embargo, desde un punto de vista general el autoritarismo predomina sobre las normas democráticas.

<sup>4</sup> A propósito del populismo en Asia y en África, consultar: Peter Worcester, *The Third World*, Chicago, The University of Chicago Press, 1964.

Pero conviene plantear, desde este momento, dos preguntas importantes, a fin de aclarar mejor el sentido estructural y el sentido político del populismo. Primera: ¿en qué se constituye el Estado oligárquico? Segunda: ¿por qué el Estado oligárquico sufre su colapso final en la época del populismo? En esta parte del estudio veremos la primera cuestión.

El Estado oligárquico se caracterizaba por ser una combinación eficiente de dos tendencias encadenadas. Por un lado, en el plano de las relaciones políticas internas, era autoritario; se puede decir paternal. Constituyó la última y la más elaborada expresión de las variadas manifestaciones de las oligarquías locales y regionales. Muchas veces, el Estado oligárquico es la expresión político-administrativa de una oligarquía regional más poderosa; o de una combinación de oligarquías regionales dominantes. Así, el *gamonalismo*, el *caciquismo*, el *caudillismo* y el *coronelismo* son las manifestaciones concretas de las oligarquías locales y regionales. Corresponden a las organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político en una época en que los partidos son principalmente organizaciones formales; se puede hablar de su existencia "epidémica" en el sistema social.

En general, sin embargo, las distintas modalidades políticas de la oligarquía se orientan en el sentido del autoritarismo inherente a la dominación paternalista. No importa la naturaleza de los cimientos de las relaciones económicas predominantes (minería, fierro, plomo, estaño, extracción de guano, salitre, hule, ganadería, cultivo de trigo, café, cacao, etcétera) o sea, minería, actividades extractivas o hacienda (plantación): las relaciones de producción no ofrecían sino relaciones políticas de tipo oligárquico. En consecuencia, en el plano de las relaciones internas, se creó el Estado oligárquico como estructura del poder predominante. En este sentido, el presidente, el emperador o el dictador corresponden en general a una figura de oligarca. Puede ser una figura más o menos benévola, de acuerdo a las exigencias de las relaciones sociales y económicas que funcionen internamente. En última instancia, el gobernante reproduce la imagen de los hacendados y esta imagen gobierna según las implicaciones sociales y económicas establecidas por las actividades productivas predominantes.

Así, tras la lucha por la independencia nacional, e inmediatamente después de las guerras y revoluciones civiles que sucedieron a aquellas luchas, el Estado nacional se configura como un Estado oligárquico. Des-

pués de la eliminación del poder colonial (español o portugués) sobrevienen algunas décadas de luchas internas, hasta que la nueva estructura de poder se organiza y se impone. En general, esta nueva estructura de poder corresponde a una combinación de oligarquías, o a la hegemonía de una oligarquía sobre las otras. En oposición a los esclavos, peones, mestizos, indios, negros, mulatos y blancos pobres, se impone el estrato de los blancos, o de los blancos y mestizos que se sitúan en el nivel dominante. Durante el siglo XIX, las sociedades latinoamericanas se hallan impregnadas de valores, patrones de comportamiento y relaciones de tipo estamental o de casta. Algunas veces esos elementos están organizados en el plano nacional; otras, las relaciones de casta y estamentales se interpenetran en el mismo país.

En función de sus relaciones con los sistemas capitalistas dominantes, las sociedades latinoamericanas no se organizan plenamente en términos de relaciones de clase. A pesar de ser sociedades organizadas para producir mercancías para el mercado capitalista externo (fierro, plomo, estaño, guanos, salitre, hule, carne, café, trigo, petróleo, plátano, azúcar, etcétera) las relaciones de producción internas no se configuran como relaciones entre clases sociales. La forma en que esas sociedades se vinculan externamente exige un alto índice de explotación de la mano de obra local. En este contexto, persisten formas no propiamente capitalistas de utilización de la fuerza de trabajo. Durante el siglo XIX aún destaca la escandalosa esclavitud de indios, mestizos, negros y mulatos. Y en las primeras décadas del siglo XX todavía predominan formas disfrazadas de esclavitud sobre esos mismos trabajadores (minería, actividades extractivas, pecuaria, agricultura, pesca). De ahí el predominio de estructuras sociales y políticas de tipo paternalista. De ahí también el predominio de las oligarquías. Así, la dominación oligárquica es la forma latinoamericana asumida por la dominación paternalista. Aun ahora las relaciones sociales y de producción están impregnadas de elementos estamentales o de casta. Por tales motivos, el mejor término para las estructuras de dominación vigentes en América Latina es *dominación oligárquica*.

Sin embargo, a ese cuadro de relaciones internas, configurado en los planos económico, social y político, se yuxtapone "el liberalismo de las élites de la clase dominante". Algunas veces el liberalismo es un compromiso real, como en los casos de Juárez y Sarmiento, por ejemplo. Otras veces, es apenas "exterior", como

en los casos de Porfirio Díaz y de Washington Luiz. Algunas veces el liberalismo está impregnado del positivismo de A. Comte, como en el caso de México o en el de Brasil, entre otros países. Otras veces está directa y abiertamente comprometido con el *librecambismo* de A. Smith y D. Ricardo, como en Chile y en Argentina, entre otras naciones.<sup>5</sup> En la mayoría de los casos, sin embargo, el liberalismo formal de los gobernantes corresponde a los compromisos inevitables entre los dos planos antagónicos de la realidad latinoamericana: la sociedad nacional y la economía dependiente. Por esa razón, el autoritarismo más o menos violento (uso interno) se "yuxtapone" al liberalismo formal y retórico (uso externo). Esa contradicción se resuelve a nivel del Estado oligárquico, vigente hasta el segundo cuarto del siglo XX.

No hay duda de que el liberalismo, generalizado en los países latinoamericanos en el siglo XIX, corresponde a un "compromiso" entre los estratos dominantes nacionales y la cultura de los países dominantes. Bajo muchos aspectos, la difusión de la doctrina liberal y del positivismo es uno de los resultados de los intereses y de la participación de Inglaterra, de los Estados Unidos y de Francia en la independencia de los pueblos latinoamericanos. En última instancia, Bolívar es un liberal romántico. Bajo muchos aspectos, las influencias culturales, políticas y económicas de aquellas naciones sobre las sociedades de América Latina, se cristalizan en el liberalismo, en su versión inglesa, francesa o norteamericana.

Pero ése es probablemente el aspecto más "externo" o más visible del liberalismo latinoamericano. Además de su compromiso con las naciones dominantes, en los países de América Latina, expresa una situación real. Corresponde a exigencias reales, ya que se refiere a la transformación de las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales en estos países. Con fundamento en los principios liberales y positivistas, se crean los partidos políticos, asambleas, congresos, elecciones, prensa política más o menos libre, escuelas y centros de enseñanza superior, etcétera. Es también con fundamento

<sup>5</sup> Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, 2 tomos, México, Editorial Pormaca, 1965, tomo 1, pp. 62-72; Donald M. Dozer, *América Latina*, trad. de Leonel Vallandro, Editora Globo, 1966, esp. pp. 409-10; consultar también: Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 7a. ed.; W. Rex Crawford, *A Century of Latin-American Thought*, New York, Frederick A. Praeger, 1961.

en los ideales liberales y positivistas que se desenvuelve la lucha por la emancipación de los esclavos negros, indios y mestizos, por la separación entre la Iglesia y el Estado, por la democratización de la enseñanza, por la moralización de las elecciones, etcétera. Muchas transformaciones institucionales fueron realizadas en nombre de estas ideas y principios. Ésa fue, en el siglo XIX, la lucha de Juárez, Sarmiento, Joaquín Nabuco y otros. Bajo muchos aspectos, las actividades de los científicos, en México, o de la élite de los letrados en Brasil, simbolizan la lucha desarrollada en favor de la transformación del sistema institucional, heredado del periodo colonial, en un sistema propiamente nacional. Al luchar por la sustitución de la "anarquía" por el "orden", esas élites estaban luchando por la superación del Estado oligárquico por el *Estado liberal*. No fueron bien realizados a no ser en parte, pero inculcaron en los grupos dominantes y, en especial, en las clases medias nacientes, el compromiso con las ideas del progreso económico, de la reforma institucional, de la democratización, la libertad, etcétera.

Ésas fueron las palabras de orden con las cuales las clases medias se comprometieron profundamente. Los objetivos correspondían más directamente a los intereses e ideas de esas clases "recién llegadas". Los bachilleres, políticos, profesionales liberales, burócratas civiles y militares, profesores, periodistas, etcétera, pasan a luchar, de una manera cada vez más audaz y organizada, en nombre de aquellas ideas. En última instancia, se trata de sustituir el Estado oligárquico por el Estado liberal; o el autoritarismo paternalista por la democracia. Es en el cuadro de esas transformaciones que las clases medias irían a hacer valer sus derechos, asumiendo papeles políticos reales, pero no subalternos. Bajo muchos aspectos, la Unión Cívica Radical (UCR) argentina, fundada a fines del siglo XIX, explica esta tendencia de lucha. Simboliza un movimiento ocurrido (contemporáneamente o más tarde) también en Chile, en Brasil, en Perú, en Venezuela, en México. El irigoyismo que asumió el poder en Argentina con la crisis del poder oligárquico (1916-22) concretiza muchos de los ideales liberales de la clase media del país. En esta época, el orden democrático avanza algunos pasos, precisamente en beneficio de la clase media. Pero casi nada se realiza para las clases obreras nacientes. La propia burguesía industrial en formación encuentra dificultades para hacer valer sus reivindicaciones en una época

en que la clase media controla algunos instrumentos de poder.<sup>6</sup>

La intensa urbanización y la incipiente industrialización aceleran la formación de la estructura de clases que hará explotar al Estado oligárquico. Pero las clases medias (en la mayoría de los países de América Latina) no estaban en condiciones para precipitar el colapso del sistema oligárquico; apenas ganaron una batalla importante. El Estado democrático no llega a realizarse a no ser precariamente. En todo caso, el colapso de la hegemonía oligárquica está en marcha. Tocaré a las nuevas fuerzas políticas, particularmente a la nueva burguesía industrial, al proletariado, a los sectores de la juventud universitaria, a los grupos de intelectuales, a los grupos de militares, realizar el último acto de la liquidación del Estado oligárquico.

### 3. La nueva estructura de clases

El compromiso entre la sociedad nacional y la economía dependiente (compromiso éste expresado en la propia estructura aparentemente ambigua del Estado oligárquico) se torna cada vez más insostenible. Las nuevas relaciones de clase (surgidas con la urbanización, la inmigración, el desarrollo industrial, el crecimiento del sector de servicios, etcétera) ponían en jaque a aquel compromiso, colocándolo a la luz de una contradicción profunda. Por tanto, es en esta época en que la estructura de clase se encuentra más desarrollada, contando con los sectores medios, empresarios industriales y obreros, cuando la dominación oligárquica entra en colapso. En esta ocasión, las ambigüedades constituidas en el siglo XIX se tornan insostenibles; o mejor, se tornan más agudas y rompen el "equilibrio" alcanzado por el Estado oligárquico.

No hay duda de que las nuevas relaciones de clase son fundamentales para explicar a las naciones latinoamericanas la creación de nuevas perspectivas. Primero se imponen políticamente las clases medias, tras una

<sup>6</sup> A propósito de la formación de las clases medias en América Latina, así como sus luchas por el poder, consultar: John J. Johnson, *Political Change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1965; Luis Ratinoff, "The New Urban Groups: The Middle Classes", en Seymour M. Lipset y Aldo Solari (Editores), *Elites in Latin America*, New York, Oxford University Press, 1967, capítulo 2; James Petras, R. Alexander, R. Smith y A. Stepan, "The Middle Class in Latin America", a debate, *New Politics*, vol. IV, números 1 y 2; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, ob. cit.

experiencia de resultados relativamente precarios si tomamos en cuenta la contradicción básica entre la sociedad nacional y la economía dependiente. Después, la burguesía industrial y el proletariado (con la participación de algunos sectores de la clase media, grupos militares, intelectuales, etcétera) se impone conjuntamente en el escenario político de varias naciones de la América Latina.

Sin embargo, es conveniente verificar mejor algunos de los fundamentos estructurales responsables del debilitamiento del poder oligárquico y de la creación de nuevas perspectivas políticas.

Antes de seguir adelante conviene recordar que las economías dependientes sufrían continuas presiones provenientes del exterior. Las crisis del capitalismo en las naciones dominantes o las fluctuaciones del comercio internacional afectaban directamente la productividad y las relaciones económicas internas en los países de América Latina. Todas las economías orientadas hacia afuera (pecuaria, agrícola, extractiva o minera) estaban sujetas a los recesos y paros generados externamente. De acuerdo con un estudio publicado por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Organización de las Naciones Unidas (ONU),

The three major external determinants of economic trends in the less developed countries during the period under review were the First World War, the depression from 1930 to 1932 and the Second World War. Each of these events had a considerable impact upon the growth of secondary industry in these countries...<sup>7</sup>

Esto significa que esos acontecimientos mundiales funcionaban como rupturas estructurales (provenientes de afuera) en las naciones de economía dependiente. En verdad, las crisis mundiales fueron de hecho rupturas estructurales en el ámbito del sistema capitalista internacional. En consecuencia, se liberaron fuerzas políticas tanto como fuerzas económicas, las cuales se encontraban en segundo plano en la época de la plena hegemonía del Estado oligárquico. En México, por ejemplo, aquellas rupturas ocurren cuando el país ya se encontraba en franca ebullición. En este caso, se

<sup>7</sup> United Nations, *Processes and Problems of Industrialization in Under-Developed Countries*, New York, Department of Economics and Social Affairs, 1955, p. 127. Aún más sobre las repercusiones de las crisis mundiales en los países de América Latina, consultar: United Nations, *Economic Survey of Latin America 1949*, preparado por la Secretariat of the Economic Commission for Latin America, New York, 1951.

abrieron nuevas posibilidades al proceso revolucionario mexicano. Desde varios puntos de vista, puede afirmarse que la nacionalización de las empresas petroleras es, también, un saldo de la gran depresión, en combinación con los movimientos políticos internos.

México, Argentina, Chile y Brasil fueron los que se beneficiaron en mayor grado de aquella ruptura. En menor grado, otros países también se beneficiaron de las crisis económicas ocurridas en las relaciones económicas y políticas internacionales. Es obvio que un grupo de naciones sufrió duramente con aquellos acontecimientos, pero en general, sin embargo, se expandieron los núcleos urbanos y se crearon pequeñas fábricas de productos alimenticios, ropas, calzado, sombreros, bebidas, palas, hoces, etcétera. La demanda real se orienta hacia los productos locales, estimulando tanto las empresas existentes como la instalación de nuevas fábricas. Refiriéndose a Brasil en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, un documento publicado en Estados Unidos registra las siguientes observaciones:

Una de las características del pueblo parece ser el deseo de producir alguna cosa. Se encuentran doctores, abogados, militares y otros que ambicionan montar una fábrica para producir medias, corbatas y otros artículos. Muchos de los inmigrantes procedentes del sur de Europa que llegaron a Brasil, probablemente con la intención de obtener empleo como agricultores, se orientan hacia las ciudades en donde se ocupan en diversas actividades de manufactura en pequeña escala. Hay por todo el Brasil, por tanto, millares de personas dirigiendo pequeñas casas de comercio, haciendo zapatos, curtiendo cueros y trabajando fierro. En ciertos sectores de Río de Janeiro, por ejemplo, la gente pasa en calles estrechas en donde cada pequeña construcción está apretada entre otras semejantes, y las calzadas son tan estrechas que dos personas no pueden caminar juntas y encontrar una fábrica de zapatos con probablemente 25 empleados, una fábrica de cajas de tarjetas de visita con seis empleados, y otra en donde ocho hombres hacen sillas y puertas.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Machinery Markets of Brazil*, Boletín de Informações Comerciais, núm. 383, 1926, p. 1, citado por J. F. Normano, *A Luta pela América do Sul*, São Paulo, Editora Atlas, 1944, p. 268. Esta obra fue publicada en su primera edición, en inglés, en 1931. El mismo orden de preocupaciones, relativas a América Latina como un todo, se registra en la obra de Paul R. Olson y C. Addison Hickman, *Economía internacional latinoamericana*, traducción de A. S. Hoyos, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, esp. pp. 49-57.

De esa manera, los ahorros obtenidos en el sector comercial y también en la economía exportadora (extractiva, agrícola, pecuaria y mineradora) propician inversiones en el naciente sector fabril. Las crisis del capitalismo internacional son importantes para explicar esta nueva dirección en la metamorfosis del capital generado por las economías dependientes. Las rupturas estructurales (internas y externas) son fundamentales para explicar la transformación en el plano interno del capital en inversión. Al referirse a los periodos comprendidos entre 1931-40 y 1941-50, el documento anteriormente citado añade las siguientes observaciones:

In countries where the industrial structure was more rudimentary, the depression may actually have stimulated manufacturing, since the collapse of agricultural prices—and with them foreign exchange earnings—forced several of the latter group of countries to devote a much higher proportions of their resources to the expansion of secondary industries. (...)

Conditions tended to favour industrial growth in most of the under-developed countries (from 1941-50). As a result there was a general upsurge of manufacturing activity, new industries being established and older ones being expanded. While in most countries the main expansion was in consumer goods industries replacing imports, in some there was comparable progress in the metal and engineering industry.<sup>9</sup>

Así, poco a poco, crecen los grupos de empresarios y obreros. Al mismo tiempo aumenta el número de empleados en los transportes y comunicaciones, en la administración pública, en el sistema de enseñanza. La expansión del sector industrial provoca efectos dinámicos en el sector terciario, al mismo tiempo que hace crecer la demanda de productos agropecuarios y también minerales. En esta época comienza a resolverse el problema de la gran "siderurgia" tanto en Chile y Brasil como en México. Al mismo tiempo, se plantea como una cuestión importante el problema de la explotación nacional del petróleo en Argentina, México, Bolivia, Brasil y otros países.

Simultáneamente, se acelera el proceso de urbanización. Dicho proceso ya se desarrollaba bastante en la segunda mitad del siglo XIX, con la instalación defi-

<sup>9</sup> United Nations, *Processes and Problems of Industrialization in Under-Developed Countries*, op. cit., pp. 130-131.

nitiva de los principales centros político-administrativos y culturales nacionales y regionales. Al mismo tiempo, y de manera importante, las corrientes migratorias aceleran aún más la expansión de las concentraciones urbanas. Más tarde, a causa de las guerras mundiales y los brotes de desarrollo industrial, crecen aún más las ciudades. Como ejemplo veamos cómo evolucionó la población de la ciudad de São Paulo (Brasil) desde el siglo pasado. Se trata de datos altamente indicativos de las relaciones entre urbanización e industrialización, pues esos procesos se desarrollaron de un modo notable en esa ciudad.

CUADRO 1

*EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL MUNICIPIO DE SÃO PAULO*

(1872-1960)

Año	Población
1872	31,385
1890	64,934
1900	239,820
1920	579,033
1940	1.326,261
1950	2.198,096
1960	3.825,351

FUENTE: *Anuario Estadístico de Brasil 1967*, Instituto Brasileiro de Estadística, Río de Janeiro, 1967, p. 36.

Los mismos procesos ocurrieron en mayor o menor escala en México, Venezuela, Perú, Colombia, Chile, Argentina y otros países. En el plano continental, la confrontación entre los índices de urbanización e industrialización son bastante sugestivos. En especial, revelan cómo la expansión urbana fue más allá del desarrollo industrial. Buenos Aires, por ejemplo, se encuentra en este caso. Pero otras capitales latinoamericanas también se encuentran en la misma situación, aun cuando en escala menor, que la revelada por la capital de Argentina.



CUADRO 2

**URBANIZACIÓN E INDUSTRIALIZACIÓN  
EN AMÉRICA LATINA**

(Índices)

País	Año <sup>a</sup>	Urbanización <sup>b</sup>	Industrialización <sup>c</sup>
Argentina	1947	48.3	26.9
Chile	1952	42.8	24.2
Venezuela	1950	31.0	15.6
Colombia	1951	22.3	14.6
Brasil	1950	20.2	12.6
Bolivia	1950	19.7	15.4
Ecuador	1950	17.8	17.8
Paraguay	1950	15.2	15.5
Perú	1940	13.9	13.2

FUENTE: Datos de los Censos Oficiales.

a) Años censales.

b) Porcentaje de la población total en localidades de 20,000 o más habitantes.

c) Porcentaje de las personas de sexo masculino económicamente activa en industrias de manufacturas, construcción, gas y electricidad. Cf. *Boletín Económico de América Latina*, vol. vi, núm. 2, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1961, p. 34.

Es obvio que el predominio de la urbanización sobre la industrialización no es en sí, un síntoma negativo o positivo. Puede ser índice de crecimiento desequilibrado, considerándose la economía nacional en su conjunto. Pero éste es un problema que no necesita ser discutido en el presente estudio.<sup>10</sup> Por lo pronto nos interesa hacer hincapié en que el ritmo acelerado de expansión urbana está relacionado tanto con la propia industrialización como con la expansión de los sectores de comercio, finanzas, administración, enseñanza pública y privada, medios de comunicación de masas, editores, etcétera. Bajo varios aspectos, se trata de un desarrollo recurrente de efectos "multiplicadores" o derivados de la expansión del sector industrial y, en

<sup>10</sup> A propósito del crecimiento desequilibrado en América Latina, analizado desde el punto de vista de la urbanización, consultar: Philip M. Hauser (Editor), *Urbanization in Latin America*, París, Unesco, 1961; Irving Louis Horowitz, "La Política Urbana en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xxviii, núm. 1, México, Instituto de Investigaciones Sociales, s/f., pp. 71-112, Adolfo Dorfman, *La industrialización en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, pp. 259-269.

menor escala, de la producción agrícola, pecuaria, etcétera. Es en este contexto que podemos comprender el sentido de las alteraciones en la composición de la población activa. Entre 1936 y 1960, por ejemplo, la población económicamente activa en el sector agrícola latinoamericano disminuyó desde el 59.2 por ciento del total, hasta el 47.0. Si consideramos en detalle las estimaciones sobre la población activa en los diferentes sectores productivos, observamos las transformaciones que registramos en el cuadro siguiente.

CUADRO 3

**POBLACIÓN ACTIVA, POR SECTOR ECONÓMICO**

(Estimaciones para 1945 y 1960)

Sector de actividades	Población activa (en millares)		Porcentajes	
	1945	1960	1945	1960
<i>Total</i>	47,210	68,630	100.0	100.0
<i>Producción agrícola</i>	26,410	32,260	55.9	47.0
<i>Producción no agrícola y servicios</i>	20,800	36,370	44.1	53.0
1. Productos básicos y servicios	10,300	17,640	21.9	25.7
a. Minería	570	680	1.2	1.0
b. Manufactura	6,620	10,020	14.1	14.6
c. Construcción	1,360	3,340	2.9	4.9
d. Servicios básicos <sup>a</sup>	1,760	3,600	3.7	5.2
2. Comercio, gobierno y otros servicios	10,490	18,730	22.2	27.3
a. Comercio y finanza	3,450	6,410	7.6	9.3
b. Gobierno	1,410	2,570	3.0	3.8
c. Servicios varios	4,350	8,330	9.2	12.1
d. Actividades no especificadas	1,150	1,420	2.4	2.1

FUENTE: Economic Commission for Latin America, ECLA, *Study on Manpower in Latin America*, 1957. Datos transcritos de la siguiente publicación: United Nations, *The Economic Development of Latin America in the Post-War Period*, New York, 1964, p. 30.

a) Los servicios básicos incluyen energía, suministro de agua, transporte, comunicación y otros servicios similares.

Se registra que en el periodo entre 1945-60 la población activa en la agricultura aumentó un 23.3% (o

sea: 5 millones 850 mil personas). En el mismo periodo, la población ocupada en la producción básica y de servicios aumentó un 34.2% (o sea: 7 millones 330 mil personas). Y en los sectores de comercio, gobierno y otros servicios sobrevino un aumento del 38.5% (o sea: 8 millones 240 mil personas).

De inmediato, estos datos revelan la configuración adquirida por la estructura económica de las naciones de América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. Más aún, revela el aumento de la importancia relativa de los sectores de manufactura, construcción, servicios básicos, comercio, administración, etcétera en confrontación con la producción agrícola.

Esas tendencias se tornan más evidentes cuando verificamos que la productividad del operario industrial (evaluada en dólares) creció en un ritmo más acelerado que la productividad del trabajador agrícola. Asimismo, entre 1936 y 1960, aumentaron aún más las diferencias entre ambos tipos de trabajadores. Es lo que se observa en el cuadro siguiente.

CUADRO 4

*EVOLUCIÓN DE LA PRODUCTIVIDAD DEL  
TRABAJADOR EN AMÉRICA LATINA*

(Medias por periodos, en dólares de 1950)

Sector	1936-40	1945-49	1950-54	1955-60
<i>Total</i>	590	710	790	880
<i>Producción agrícola</i>	290	310	340	390
<i>Producción no agrícola y servicios</i>	1,040	1,190	1,270	1,340
1. Productos básicos y servicios	770	980	1,130	1,310
— Industria manu- facturera	660	850	980	1,200
2. Comercio, gobierno y otros servicios	1,330	1,410	1,400	1,360

FUENTE: Ver cuadro anterior, inclusive informaciones complementarias.

Puede admitirse que la participación de los trabajadores en el producto tiene la misma tendencia que revela la productividad diferencial. En consecuencia, algunos efectos sociales se tornan obvios: migración

hacia los centros urbanos, mayor valorización social del proletariado industrial, aumento de la importancia política de los sindicatos obreros, redefinición de las actitudes de los trabajadores agrícolas con relación a la "cultura de la ciudad", etcétera. La política de masas tiene en estos puntos sus principales fundamentos.

De una manera más general, los datos que ofrecen los cuadros anteriores revelan cómo ocurrió la diferenciación de elementos dentro de la estructura social de los países latinoamericanos. Los datos expresan muy especialmente el incremento de la importancia relativa de las clases sociales no ligadas a la agricultura, a las actividades pecuarias y a la minería. Por tanto, la expansión urbana significa, concretamente, diferenciación social, así como la formación de una nueva configuración de la estructura de clases. En este contexto los trabajadores de la construcción, los obreros industriales y los empleados de transportes (marítimos, ferroviarios, aéreos) adquieren una mayor relevancia en el cuadro general de las relaciones de producción y de las relaciones políticas. Precisamente esa nueva estructura de clases rompe aún más las estructuras de dominación construidas en función de una economía dependiente.

#### 4. Apogeo y crisis del populismo

Uno de los hechos más notables de la historia del movimiento obrero latinoamericano en el siglo xx, es la preeminencia adquirida por el populismo. En la mayoría de los países del continente esos movimientos de masas se convirtieron en una fuerza política muy importante (algunas veces, la más importante) en lo que respecta a la definición política del desarrollo económico en general, la industrialización y las reformas institucionales. En grados diversos, pero siempre como fuerza política importante, el populismo adquirió relevancia en México, Perú, Ecuador, Chile, Colombia, Bolivia, Argentina, Brasil y otros países. En la mayoría de las naciones en que se desarrolló de modo notable, constituyó una fuerza política importante o decisiva para la liquidación del Estado oligárquico. Como síntesis de las ambigüedades recurrentes en las relaciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente, el poder oligárquico no resistió las presiones de las clases asalariadas y de la burguesía industrial, fuerzas organizadas en la alianza populista.

Ya sabemos que *antes del populismo predominaron*

*los movimientos civilistas y liberales de las clases medias.*

Dentro de estos movimientos se destacó el irigoyismo argentino, que llegó al poder en los años de 1916-22. El tenientismo brasileño, que se configuró como un movimiento político a partir de 1922, no llegó nunca, como fuerza política organizada, a asumir el poder. Se diluyó poco a poco, en otras tendencias, más a la derecha y más a la izquierda del aparato estatal dominado por el getulismo. Incluso puede afirmarse que algunos elementos del tenientismo se integraron en el populismo brasileño.

Entre tanto, como fenómeno paralelo al desarrollo de esas fuerzas políticas (importantes en las cuatro primeras décadas del siglo xx), surgieron partidos políticos y organizaciones sindicales obreras. Ya antes de la Primera Guerra Mundial habían surgido organizaciones anarcosindicalistas en Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba. En esos mismos países, y también en otros, aparecieron partidos socialistas y sindicatos de orientación socialista. Poco después, principalmente después de la Primera Guerra Mundial, se crearon los partidos comunistas y se desarrollaron organizaciones sindicales identificadas o en alianza con esos partidos. También surgieron muchas asociaciones y sindicatos sin definición política clara y organizaciones católicas. Además, en las primeras etapas de la industrialización de América Latina, las asociaciones de auxilio mutuo y recreativas alcanzaron una razonable amplitud. Muchas veces esas asociaciones se desarrollaron con sus contenidos políticos; otras veces se transformaron de modo profundo, según intervenían los cuadros políticos y sindicales creados por el nuevo ambiente urbano-industrial.

En síntesis, si consideramos los movimientos obreros latinoamericanos del siglo xx en su conjunto verificamos que estaban organizados (en grados diferentes, según las características del país específico) en las siguientes tendencias: anarcosindicalista, socialista, comunista, católica, democrática, "apolítica". En el sindicalismo obrero latinoamericano pudo predominar todavía el carácter propiamente político, pero es innegable que las reivindicaciones de carácter económico superaron generalmente a las reivindicaciones estrictamente políticas. Según Robert J. Alexander, que ha realizado varios estudios sobre la política obrera en estas naciones latinoamericanas:

Desde el principio el trabajo organizado en América Latina ha sido altamente político. Virtual-

mente todos los grupos sindicales del área están íntimamente asociados a éste o a aquel partido político, o al gobierno. Frecuentemente, algunos movimientos obreros específicos debieron su origen en gran parte, a los esfuerzos de un grupo o partido político, o del gobierno nacional.<sup>11</sup>

Es obvio que esos movimientos políticos del proletariado naciente correspondieron a las primeras manifestaciones políticas del antagonismo contra la burguesía industrial y los otros grupos de la clase dominante. Es innegable que en una sociedad enfrascada en una reorganización profunda (que se opone a las relaciones paternalistas creadas y desarrolladas desde el período colonial) las tendencias políticas del sindicalismo obrero corresponden a una etapa preliminar de autodefinition y lucha. En todo caso, comienza a asentarse la importancia de las relaciones políticas dentro del cuadro de las relaciones sociales y económicas.

Frente a las experiencias políticas acumuladas y desarrolladas durante varias décadas por los movimientos obreros, se plantean las siguientes preguntas: ¿por qué el populismo sobrepasó todas las otras corrientes políticas, consideradas en conjunto? ¿En qué medida el populismo desenvuelve o asimila elementos de aquellas experiencias políticas iniciadas anteriormente? ¿Representa el populismo una ruptura con los movimientos sindicales y políticos anteriores? Sea: ¿corresponde el populismo a una etapa singular en el desarrollo de las relaciones entre las clases? ¿En qué medida las tensiones entre las clases, aminoradas en la política de masas, pueden reaparecer en un primer plano, más explícitas, después de la experiencia populista?

No vamos a examinar aquí todos estos problemas, ni en este orden. Examinaremos apenas los problemas más relevantes propuestos por esas preguntas. Por ahora serán analizados en conjunto.

Nuestra interpretación es la siguiente: el populismo no es una ruptura con el pasado político de la clase obrera. Constituye una etapa del movimiento político obrero que corresponde al lapso en que los precursores de la urbanización, la industrialización y el crecimien-

<sup>11</sup> Robert J. Alexander, *A Organização do Trabalho na América Latina*, trad. de Rodolfo Konder, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965, p. 19. Consúltese también del mismo autor *Communism in Latin America*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1957; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1964; Carlos M. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Palestra, 1967.

to del sector terciario transformaron de un modo profundo la composición interna de la sociedad. La verdad es que esos procesos “recrearon” la estructura de clases de la sociedad latinoamericana. En la nueva configuración del sistema de clases no había lugar para los “radicalismos” propuestos anteriormente. En la época de la política de masas, la burguesía industrial asume el liderazgo ostentoso de las luchas reivindicativas y reformistas de las masas obreras y de amplios sectores de los estratos medios. Por otra parte, en la nueva configuración de clases, las organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones políticas ya existentes, precisaban de una redefinición. Muchos puntos de los programas anarcosindicalistas, socialistas y comunistas carecían de adecuación histórica; necesitaban ser reelaborados según las condiciones y posibilidades específicas de las sociedades de clases en formación en América Latina. Por ejemplo, los anarquistas, que son el caso extremo, preconizaban la extinción del matrimonio, de las fuerzas armadas y del Estado. Es obvio que estaban apenas manejando consignas traídas por los inmigrantes europeos. En mayor o menor grado, los socialistas también hicieron trasposiciones apresuradas o discutibles. En buena medida durante la época del populismo, muchas interpretaciones y programas de esas corrientes políticas se reelaboran según las condiciones y perspectivas ofrecidas por las propias realidades nacionales.

En pocos años (en un máximo de dos o tres décadas, según el país) las transformaciones sociales, económicas, culturales, ecológicas y demográficas, crearon nuevas condiciones para la organización de las estructuras de poder y de los movimientos políticos. En consecuencia las experiencias políticas determinantes realizadas anteriormente (por los anarco-sindicalistas, socialistas, comunistas y otros), se “diluyeron” en el seno de las masas recién llegadas al mundo urbano-industrial. Recordemos que el ritmo de urbanización, fue acelerado en la mayoría de los países. Los desplazamientos de personas y familias rurales hacia los núcleos urbanos e industriales adquirieron grandes proporciones. Es en este contexto que se crean las *villas-miseria* en Buenos Aires, las *favelas* en Río de Janeiro y en São Paulo, las *callampas* en Santiago de Chile y en Bogotá, las *barriadas* en Lima, etcétera.

En el plano del mercado de la fuerza de trabajo, la oferta en general es mayor que la demanda, generalmente mucho mayor, lo que significa una competencia intensa en el seno del proletariado. También se

acentúa la competencia en el mercado del trabajo que se crea en el sector terciario. En general y simultáneamente, esa fuerza de trabajo estaba en proceso de re-socialización dentro del ambiente urbano-industrial o predominantemente urbano. Poco a poco queda sindicalizada y politizada. Pero grandes contingentes permanecen “fuera” de los cuadros políticos institucionales. En general, esos contingentes se manifiestan casi exclusivamente con motivo de las elecciones políticas, por el voto obligatorio. No consiguen reconocer el valor relativo de la organización sindical, del debate político. Los diferentes grados, de este amplio proceso de re-socialización pueden caracterizarse en los siguientes términos, destacándose principalmente tres categorías de trabajadores asalariados: los sindicalizados, los no sindicalizados y los “marginales”.

*Sectores populares sindicalizados.* Esta categoría está formada sobre todo por obreros que trabajan permanentemente en empresas grandes y medianas, que tienen —al menos en promedio— ciertos grados mínimos de calificación y que por lo general poseen condiciones de vida superiores a los niveles de subconsumo.

*Sectores populares no sindicalizados.* Forman esta categoría aquellos obreros que trabajan en toda suerte de pequeñas empresas industriales y comerciales, o en talleres, que desempeñan tareas de reparación, actividades de servicios, construcción, que son vendedores ambulantes y, en general, trabajadores ocasionales. A este grupo habría que agregar algunos artesanos, en especial aquellos cuyos oficios hacen casi imposible su incorporación a la moderna organización productiva industrial. Podría señalarse la probabilidad de que el obrero no sindicalizado presente, en promedio, niveles de calificación más bajos que la categoría anterior, o de que posean calificaciones distintas de las que demandan las organizaciones productivas complejas. Aunque sus niveles de vida son variables, en gran número de casos este tipo de trabajador está por debajo de los niveles de subconsumo.

*Sectores populares en condiciones de “marginalidad”.* Por lo general, están formados por un tipo de trabajador de escasa calificación, sin afiliación sindical y que vive por debajo de los niveles de subconsumo. Una de sus características principales es que habita en poblaciones urbanas socialmente segregadas. Este rasgo ecológico ayuda a distinguirlos de los demás estratos populares.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1966, p. 129.

Simultáneamente, el Estado oligárquico (ampliamente apoyado en la economía dependiente y en los valores, esquemas y técnicas paternalistas) sufría su colapso final. En esta situación, las “nuevas clases” sociales (burguesía industrial, proletariado y nuevos sectores de la clase media) se unieron en la política de masas. Fueron creadas nuevas organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político, o se reformularon los anteriores. En este contexto, surgió una ideología peculiar. El principio de “paz social” (o sea, de “armonía entre las clases”) adquirió primacía sobre las ideas y prácticas políticas inspiradas en los antagonismos de clase. Para acelerar las rupturas estructurales (políticas y económicas; internas y externas) que habían debilitado a la oligarquía y al imperialismo, las “clases populares”, grupos de intelectuales, sectores militares y de la burguesía industrial se unieron bajo la bandera del nacionalismo (político, económico y cultural), de la grandeza nacional, de las reformas institucionales y del desarrollismo. Para unos, estaba en juego la ascensión económica y social; para otros, estaba en juego el capitalismo nacional; y para unos y otros, en escala variable, se trataba de emancipar al país del “latifundio” y del “imperialismo”. Para la gran mayoría, sin embargo, la alianza táctica entre las clases era una realidad tan relevante que encubría razones estratégicas subyacentes. Tanto en el plano ideológico como en el de la práctica política cotidiana, el *desarrollismo nacionalista* adquirió el carácter de una estrategia posible, primordial y urgente, de progreso.

En el caso de México, el “partido de la revolución” fue siempre la principal organización política del populismo nacional. Ese partido cambió de nombre varias veces: *Partido Nacional Revolucionario* (PNR, de 1929 a 1937), *Partido de la Revolución Mexicana* (PRM, de 1937 a 1945) y *Partido Revolucionario Institucional* (PRI, desde 1945). En cada etapa, el partido experimentó modificaciones más o menos profundas, refinándose como el máximo instrumento de la política de masas mexicanas. Durante su evolución el *callismo* fue incorporado y superado por el *cardenismo*, que tuvo su apogeo en 1934-40. Entre tanto, después de esta fase, el cardenismo continuó influyendo de modo decisivo en las relaciones entre las masas, el Estado y el “partido de la revolución”. Por otra parte, la Segunda Guerra Mundial, especialmente la lucha contra el nazi-fascismo, dio nuevas peculiaridades al populismo mexicano.

En el Perú, el *aprimismo* fue la más audaz experiencia populista. La *Alianza Popular Revolucionario Americana* (APRA), fundada en 1930 bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre; nació inspirada por las luchas de los estudiantes en torno a las reformas universitarias y de los trabajadores indios y mestizos en torno a derechos sociales mínimos. Como nunca llegó al poder, el aprismo mantuvo acentuados sus caracteres ideológicos de revolución romántica, fuertemente penetrada de la visión de la clase media intelectual. Combinaba, en una misma doctrina, referencias a la dialéctica, a la relatividad y al indo-americanismo. Pretendía romper las estructuras oligárquicas que José Carlos Mariátegui describió e interpretó de modo magistral. Bajo muchos aspectos, el aprismo se proponía realizar la unificación y las modernas estructuras creadas en México por medio de la revolución armada. No lo consiguió. El país continuó siendo gobernado por una combinación entre las oligarquías de cacicazgos-militares y las “nuevas masas”. En contraposición al aprismo, predominó en el gobierno peruano el *odrirismo* (del general Manuel A. Odría).

En Brasil, el *getulismo* tuvo varias fases. Entre 1930 y 1937, Getulio Vargas ensayó una democracia populista, haciendo concesiones simultáneas a la clase media y al proletariado. En esos años creó las bases del populismo getulista, formulando la doctrina de la “paz social” y reconociendo para los sindicatos la misma categoría de partidos. En los años de 1937-45, Vargas instaló una *dictadura populista* bajo la denominación de *Estado Novo*. En ese periodo creó la *Consolidación de las Leyes de Trabajo* (CLT), formalizando de modo completo las relaciones de trabajo en los sectores secundario y terciario. Por medio del salario mínimo, las vacaciones remuneradas, el aviso previo, la asistencia en caso de accidente, etcétera, se formalizan los derechos y deberes de los trabajadores en el mercado de trabajo industrial. Al mismo tiempo, se crearon los requisitos organizativos y funcionarios (comúnmente denominados burocráticos) por medio de los cuales se prepara la aparición del *peleguismo*. Los peleles (o los *charros*, como son llamados en México) son el producto necesario del populismo; ellos aparecen en todas las relaciones importantes entre los sindicatos, las masas, los partidos y el Estado. En los años de 1951-54 Vargas procuró poner en práctica la *democracia populista*, en armonía con las nuevas condiciones de participación política en las ciudades. Los más importantes acontecimientos del populismo brasileño en este periodo

fueron la creación de Petrobrás y la redacción de la *Carta Testamento* de Vargas. En esta carta, escrita en las vísperas de su suicidio, Vargas resume algunos de los principales puntos del populismo brasileño. Pero la democracia populista en Brasil logra su máximo desarrollo y entra en colapso en los años de 1961-64, bajo el gobierno de João Goulart. En grados variables, la gran organización política del populismo fue la combinación *Partido Trabalhista Brasileiro-Partido Comunista do Brasil* (PTB-PCB). Fue esta alianza PTB-PCB la que elaboró y desarrolló las relaciones entre las masas obreras, los sindicatos y el Estado. En esa alianza también entraron muchas veces intelectuales, militares y estudiantes universitarios.

En Argentina, el *peronismo* surge y se mantiene bastante vinculado al sistema sindical preexistente. Pero amplía cuantitativamente y redefine ese sistema, marcando cada vez más sus diferencias con las organizaciones políticas y sindicales de izquierda. En el partido peronista dominaron profundamente las figuras de Perón y Eva Perón; se desarrolló ampliamente el liderazgo carismático. Además, en el caso de Evita Perón, el liderazgo carismático típico del populismo latinoamericano logró una de sus manifestaciones más avanzadas. En el peronismo también estuvieron presentes sectores militares, mucho más que intelectuales y estudiantes universitarios. El populismo argentino, ampliamente apoyado en cuadros militares, estaba comprometido con la idea de la "patria grande", o de la grande Argentina, en relación con el liderazgo de América Latina.

En conjunto, creció bastante el movimiento sindical; tanto en términos cuantitativos como en términos relacionados con la participación del proletariado en actividades políticas o de significación política. Pero en 1961 aún son relativamente pocos los obreros sindicalizados. Incluso en el sector de la clase media, el proceso de sindicalización no aumentó lo suficiente con respecto al crecimiento de la mano de obra activa. Considerando la totalidad de los trabajadores asalariados, se estima que en 1961 apenas cerca de un diez por ciento estaba sindicalizado. En síntesis, la situación de los sindicatos obreros era la siguiente:

CUADRO 5

MIEMBROS DE LOS SINDICATOS OBREROS  
EN AMÉRICA LATINA

(1961)

País	Miembros
Argentina	2.500,000
Bolivia	100,000
Brasil	1.000,000
Colombia	150,000
Costa Rica	25,000
Cuba	800,000
Chile	300,000
Ecuador	75,000
Guatemala	15,000
Honduras	25,000
México	1.000,000
Panamá	15,000
Perú	200,000
Salvador	25,000
Uruguay	75,000
Venezuela	250,000
<b>TOTAL</b>	<b>6.555,000</b>

FUENTE: Cf. Robert J. Alexander, en artículo publicado en *Política*, Caracas, núm. 16, 1961. Datos transcritos por Luis B. Prieto F., "Educação para a América Latina", en la obra organizada por Mildred Adams, *América Latina: Evolução ou Exploção?*, trad. de Fernando Castro Ferro, Zahar Editores, Rio de Janeiro, 1964, p. 189.

Pero el sistema sindical es apenas uno de los niveles organizativos de la política de masas. Conviene tomar en cuenta a los partidos políticos, así como a otros grupos de presión. Tanto los sindicatos y partidos como la burocracia ministerial, etcétera, en conjunto, configuraron la maquinaria política del populismo. En todos los casos, sin embargo, ya fuera en México o en Brasil, en Perú o en Argentina, las organizaciones políticas populistas se desarrollaron independientemente o en oposición a las organizaciones de izquierda y derecha. Asimismo crearon técnicas políticas propias y desarrollaron un estilo de liderazgo particularmente demagógico. En estos casos, la *demagogia* fue antes una técnica de reclutamiento político que una técnica de politización, aun cuando esta connotación no dejó nunca de estar presente.

Solamente una parte muy restringida de las masas populistas se preocupó por la democracia propiamente dicha. Para la gran mayoría de los adeptos pasivos y activos del populismo, lo que estaba en juego era la ascensión económica y social; sólo en un plano secundario centraba su atención en el acceso a la educación elemental y secundaria o en la democratización propiamente dicha de las relaciones políticas. Los ideales democráticos eran generalmente preconizados por los sectores de la clase media o los grupos de oposición de la clase dominante. En la mayoría de los casos, las luchas populistas contra las oligarquías y el imperialismo (por el desarrollismo nacionalista) condujeron a la dictadura abierta o disfrazada. El autoritarismo, más o menos velado, predominó en el cardenismo, getulismo, velasquismo, odrirismo, marinismo, peronismo, etcétera. Lo que estaba en juego era una estrategia política de desarrollismo nacional, junto con un remodelamiento de las estructuras de poder. El juego político de las masas debía permanecer bajo el control estratégico de la burguesía. Este juego audaz de algunos sectores de la clase dominante con las masas era también un juego tanto del desarrollo capitalista como del desarrollo de tipo socialista. Como la política de masas no podía dejar de ser hecha con los sindicatos y también con los partidos o tendencias de izquierda, el riesgo de radicalización de la izquierda fue siempre evitado con cierta dosis de autoritarismo o de violencia reaccionaria. Y cuando la política de masas desarrolló excesivamente la politización de los trabajadores industriales, como en Argentina (hasta 1951) y en Brasil (hasta 1964), el golpe de Estado resolvió las dificultades.

En todas esas experiencias nacionales, las izquierdas estuvieron presentes, dentro o fuera de los movimientos populistas. Partidos y sindicatos socialistas y comunistas intervinieron en la política de masas, como sucedió en el cardenismo y en el getulismo. O bien permanecieron como fuerza política activa fuera del movimiento de masas, como en el aprismo y el peronismo. De cualquier forma, las izquierdas estaban presentes en el contexto político populista, en cada país; inclusive mantenían una línea crítica con relación a esos movimientos. Pero cuando actuaban incorporadas al interior del aparato político de los gobiernos populistas (como en el gobierno de Cárdenas, en México, o en el gobierno de Goulart, en Brasil), las izquierdas mantenían una posición crítica, o preconizaban (verbalmente) el avance de la lucha reivindicatoria más allá de los blancos estrechos del populismo.

Entre tanto, esas fuerzas políticas de izquierda no fueron capaces (en ninguno de esos países) de transformar las alianzas tácticas con las fuerzas no izquierdistas en una lucha abierta contra el inmovilismo o la falta de audacia de esas mismas fuerzas. Como la izquierda se comprometía profundamente con las organizaciones, las técnicas y los estilos de liderazgo del populismo durante las épocas "normales", en los momentos críticos no consiguieron desembarazarse de la tecnología política típica del populismo. Frente al liderazgo demagógico desarrollado por el populismo, la izquierda no había conseguido proponer y difundir un estilo de liderazgo propiamente revolucionario. La interpretación misma de la situación política (nacional e internacional) había quedado bastante vinculada a la interpretación elaborada por las fuerzas no izquierdistas del populismo. En una fase, las fuerzas socialistas y comunistas (dentro y fuera del movimiento de masas) habían transformado la dialéctica en una teoría de no violencia; o mejor; en una teoría de las reformas sociales. Cuando se presentaban las situaciones revolucionarias, esas fuerzas no contaban sino con una versión deteriorada de la teoría revolucionaria.

En el transcurso de la política de masas, la clase obrera fue conducida mucho más a luchas contra los enemigos de su enemigo. En esa época, la lucha contra las oligarquías latifundistas y el imperialismo fueron colocadas en primer plano. Lo que significaba una lucha principal para la burguesía industrial, interesada en el mercado interno, también era considerado como una lucha principal por el proletariado. Las organizaciones y liderazgos políticos de izquierda lo llevaban a ese compromiso mutilador o alienante. En consecuencia, cuando su enemigo (la burguesía) se vuelve contra él, el proletariado no está preparado para reaccionar políticamente. Se sorprende frente a su propia "confusión" ante diferentes enemigos. Se sorprende frente a la alianza entre su enemigo principal (o aliado de ayer) y los enemigos de su enemigo. Es que el proletariado no se daba cuenta de la paulatina transformación de una alianza táctica en un compromiso estratégico. Rectifica la alianza táctica preconizada por las izquierdas reformistas.

Por esos motivos, cuando ocurre el golpe de Estado (contra Arbenz, en Guatemala, en 1954; contra Perón, en Argentina, en 1955; contra Goulart, en Brasil, en 1964) ni los obreros ni los campesinos ni los estudiantes universitarios reciben armas para luchar. El gobierno populista acepta apenas la coraza política que las ma-

sas le pueden propiciar (huelgas, comicios, manifestaciones, voto, etcétera). Bajo ningún concepto los gobernantes populistas aceptan la defensa armada por parte de los trabajadores y estudiantes. Cualquier defensa armada sostenida en las masas coloca al poder burgués, automáticamente, en el camino de su liquidación. Las armas son monopolio de las fuerzas armadas que son parte esencial del poder burgués. Según dijo el presidente Goulart, al ser depuesto, cuando le pidieron armas para los obreros y los estudiantes: ellos no saben cómo usarlas. Es que (podemos añadir) ellos pueden querer utilizarlas contra la clase dominante.

### 5. *Las masas revolucionarias*

La naturaleza de las relaciones entre las clases sociales en América Latina no se aclara a no ser que expliquemos las condiciones en que ocurre la transformación del movimiento de masas en lucha de clases. De acuerdo con lo analizado en partes anteriores de este estudio, *las diversas modalidades corresponden, en última instancia, a la alianza entre clases sociales*. En función del desarrollo económico y del nacionalismo diferentes grupos y clases sociales se organizan políticamente a través del movimiento populista. No hay duda de que ésta es una configuración real del juego y la actividad de relación entre las clases sociales. En los países subdesarrollados y dependientes, la alianza entre las clases sociales antagónicas y el imperialismo y la oligarquía es una posibilidad real. Más aún, es una posibilidad predominante. De cualquier modo el movimiento de masas expresa algunos lineamientos más importantes de la estructura social y de las propias relaciones entre las clases. Pero la explicación del populismo no agota la naturaleza de las relaciones entre las clases sociales en el desarrollo de estas naciones.

Es indispensable avanzar más en este análisis. Es necesario aclarar los elementos específicos de las propias relaciones de clase según aparecen los primeros en la situación latinoamericana, cuando las clases abandonan (o pueden abandonar) la alianza populista por la confrontación abierta. Si es verdad que en el populismo las relaciones antagónicas están veladas por la alianza táctica o tácita, nuestra hipótesis consiste en verificar en qué condiciones esta alianza puede romperse (y de hecho se ha roto). En Guatemala, en 1954,

en Argentina, en 1955, y en Brasil, en 1964, esa alianza estuvo en vías de romperse. Hubo así varios indicios de un movimiento de ruptura revolucionaria en estos países. Sin embargo, no ocurrió de inmediato la transformación del movimiento de masas en lucha de clases. Por otro lado, en Bolivia en 1952, y en Cuba, en 1959, el movimiento popular ampliamente apoyado en elementos y experiencias populistas se desdobló en la lucha abierta entre las clases. Aun cuando con desarrollos posteriores distintos, en estos dos países los movimientos de masas contra la dictadura (civil o militarizada) adquirieron abiertamente, el carácter de lucha de clases. En el caso de México, la lucha de clases ocurrida en el seno de la Revolución Mexicana acaba por convertirse en alianza de las clases bajo la hegemonía burguesa. En este sentido, el cardenismo corresponde al máximo desarrollo del proceso revolucionario, en lo que él tenía de desarrollista y nacionalista. En el cardenismo los antagonismos de clase inherentes a la revolución quedan sometidos a la alianza de clases, también inherentes a la revolución. Así, entre las dos tendencias polares presentes en la Revolución Mexicana (la lucha de clases y la alianza de clases) acaba por predominar el desarrollismo nacionalista típico del populismo. Vence el orden burgués.

En Perú, por otra parte, el aprismo nunca llegó al poder, no llegó a ser fuerza dominante. Debido a la tenacidad del Estado oligárquico y también a la fuerte connotación de clase media adquirida por el movimiento aprista, éste nunca consiguió asumir el poder. Además, su apariencia revolucionaria era principalmente verbal. Más aún, era confusa tanto en su rechazo del marxismo como en su tonalidad indo-americanista. Poco a poco, el populismo aprista adquirió mayor concreción en el populismo belaundista. La *Acción Popular* (AP) sucede a la *Alianza Popular Revolucionaria Americana* (APRA) así como Fernando Belaúnde Terry sucede a Víctor Raúl Haya de la Torre. Parece como si el populismo abstracto de la APRA adquiriese concreción en el desarrollismo populista de la AP. Es en ese contexto que las fuerzas políticas de izquierda más radical abandonan el juego político institucional. En 1963 Belaúnde asume la presidencia de la República, después de vencer las elecciones del 9 de junio del mismo año. En 1965 ya está en curso el movimiento guerrillero peruano. Bajo el liderazgo del *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR), las relaciones entre las clases sociales en Perú adquieren una connotación nueva. En términos del proceso político nacional, la política de ma-



sas ensayada por la AP también comenzó a ser contestada por el MIR.<sup>13</sup>

En el caso especial de Bolivia, la revolución de 1952 fue un acontecimiento político altamente significativo. La revolución fue conducida por el *Movimiento Nacionalista Revolucionario* (MNR), partido creado varios años antes. Además, ese partido ya había participado en el gobierno anteriormente, cuando consiguió que algunos puntos de su programa fueran discutidos en el plano gubernamental. En 1951, Paz Estensoro, candidato presidencial del MNR había obtenido el mayor porcentaje (46%) de los votos. Faltaba apenas la decisión favorable del Congreso Nacional y todo indicaba que tomaría la presidencia. Sin embargo, el presidente Urriolagoitia renunció al cargo y entregó la presidencia a una junta militar constituida por tres generales y siete coroneles. Esa situación perduró por algunos meses. Mientras tanto, el MNR preparó un golpe revolucionario. La revuelta explotó el 9 de abril de 1952, en La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y otras ciudades. El 15 de abril Paz Estensoro asumió el poder. En seguida inició un programa de reformulación general del aparato estatal, reforma agraria y nacionalización de las minas. Las propias fuerzas armadas fueron reorganizadas en base a las milicias populares surgidas durante la revolución.

En el plano de las relaciones de clase, el MNR dirigía una alianza en favor de los cambios sociales y del desarrollismo nacionalista. La situación revolucionaria, sin embargo, puso en evidencia las contradicciones más profundas. Por eso es que el MNR fue obligado a intervenir las organizaciones militares (profundamente oligárquicas), las empresas extranjeras en la minería y la propiedad de la tierra. Es obvio que esos factores revelan la profundidad de las contradicciones económicas y sociales. Éstas se estaban desarrollando más allá de las intenciones y del control del MNR. Por esa razón el mismo partido de la revolución comienza a controlar, manipular el proceso político, evitando la radicalización iniciada por la propia revuelta. El golpe de Estado contra Paz Estensoro, el 3 de noviembre de 1964, fue comandado por el general René Barrientos Ortuño. Bajo muchos aspectos, la deposición de Estensoro fue el resultado de la incapacidad de la política reformista para hacerle frente a los problemas económicos y so-

<sup>13</sup> Inmediatamente después de la deposición de Belaúnde, ocurrida en 1968, el gobierno del general Velasco Alvarado pasó a ensayar un populismo de derecha, tratando de controlar los desarrollos más radicales de la lucha de clases.

ciales del país. De ahí la dictadura militar en combinación con los intereses del imperialismo norteamericano. Así la experiencia populista boliviana sucumbe en doce años. En seguida, en el año de 1967, surge en Bolivia la guerrilla revolucionaria. En algunos casos, pues, el colapso del populismo crea nuevas condiciones para la salida revolucionaria.

En Venezuela tampoco el populismo de la *Acción Democrática* (AD), bajo el liderazgo de Rómulo Betancourt, consiguió dominar satisfactoriamente los antagonismos de clase. En las condiciones económicas, sociales y políticas que presenta un país profundamente ligado al imperialismo, los antagonismos de clase tienden a manifestarse más abiertamente. En consecuencia, todo reformismo efectivo de la AD en el gobierno (Rómulo Betancourt, 1958-64, y Raúl Leoni desde 1964) no fue capaz de evitar la eclosión y la continuidad del movimiento guerrillero. Así, en Venezuela, el *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR) representó la manifestación más abierta de la lucha de clases que entonces afloraba en el país. El populismo de la AD llegó muy tarde al poder para intentar enfrentarse a las distorsiones políticas, sociales y económicas creadas por una de las economías más típicas de la dependencia latinoamericana. Según afirmó en 1948 el presidente Rómulo Gallegos, poco después de su deposición mediante un golpe de Estado:

Las compañías petroleras de los Estados Unidos y los grupos reaccionarios locales, han sido los responsables del reciente golpe militar en Venezuela. La *clique* del ejército fue alentada por las compañías petroleras y los capitalistas locales para apoderarse del país. El agregado militar de una gran potencia estuvo en el cuartel general del ejército cuando el golpe se preparó.<sup>14</sup>

Así, al mismo tiempo que Venezuela estaba siendo "salvada para la democracia", se creaban condiciones nuevas para la lucha abierta de clases. Cuando el imperialismo norteamericano fue en socorro del reformismo de la *Acción Democrática*, con Betancourt en el poder, la guerrilla ya se volvía inevitable.

En gradaciones más o menos acentuadas, el mismo

<sup>14</sup> *New York Times*, 25 de noviembre, 27 de noviembre y 6 de diciembre de 1948. Posteriormente se identificó el coronel Adams, de la Embajada Norteamericana en Caracas, como siendo el agregado militar mencionado por Rómulo Gallegos. Cf. Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*, trad. de Nathan Warman, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 242.

proceso de radicalización ocurrió en otros países. En Guatemala avanzó bastante en términos de lucha guerrillera. De la misma manera, en Colombia la violencia oligárquica pasó a ser combatida por la violencia revolucionaria. En Chile, la experiencia reformista del gobierno de Eduardo Frei, iniciada en 1964, se enfrentó a problemas políticos y económicos cada vez más graves. En la medida en que se profundizaban las contradicciones sociales y las reformas no se hacían efectivas, entraba en colapso la “revolución pacífica” ensayada por la democracia cristiana. La experiencia chilena del gobierno de Frei, inspirada en el populismo cristiano y en la Alianza para el Progreso, entró luego en la etapa en que los detentadores del poder luchaban apenas para mantener las apariencias. Las tensiones sociales, económicas y políticas crecieron continuamente. Y los militares comenzaron a inquietarse, según noticias de mayo de 1968. En un relato sobre la crisis chilena, publicado por la revista *The Economist*, se registra lo siguiente:

Descontentos por sus bajas remuneraciones y molestos por las querrelas entre el gobierno y la oposición; por el largo trámite del proyecto de reajustes de remuneraciones en el Parlamento, por las múltiples huelgas indefinidas y por el desorden político y gremial, los militares chilenos hicieron sonar simbólicamente sus sables y taconear sus botas, causando preocupación en todos los medios políticos y ciudadanos del país.<sup>15</sup>

Al mismo tiempo, comenzaban a circular rumores de movimientos guerrilleros. La experiencia realizada por el “populismo cristiano” del gobierno de Frei fue el desecho de una secuencia de experimentos populistas iniciados con el *Frente Popular* en la década de los 30.<sup>16</sup>

De todas las experiencias políticas latinoamericanas, sin embargo, la revolución socialista en Cuba sobresale sobre cualquier otra. Por una parte, el proceso revolucionario en ese país produjo un gobierno socialista, en contraposición al régimen capitalista anteriormente prevaleciente. Esto significa que la Revolución

Cubana sobrepasó (en significación histórica) a las revoluciones mexicana y boliviana y aún más, a todas las otras experiencias políticas nacionales en América Latina. Por otra parte, la victoria del socialismo en Cuba fue el resultado de un movimiento político ampliamente apoyado en organizaciones, técnicas y blancos políticos de tipo populista. La ideología que galvanizaba a la población cubana, en la primera etapa del proceso revolucionario, estaba impregnada de valores democrático-burgueses o liberales. En ese periodo se trataba de derribar la dictadura de Batista. Por eso, los *apelos* populistas y liberales se combinaron positivamente.

Sin embargo, las contradicciones de clase se fueron manifestando de un modo cada vez más intenso durante la propia lucha revolucionaria. Poco a poco se polarizaron las posiciones y se definieron más claramente los antagonismos. Después de la victoria militar contra Batista, las divergencias con el imperialismo aparecieron en primer plano y se desarrollaron. En consecuencia, la solución del problema (intentada en los primeros días, una vez alcanzada la victoria militar de las fuerzas revolucionarias comandadas por Fidel Castro) se reveló inmediatamente como imposible. Las contradicciones de clase ya se habían manifestado abiertamente en el plano político. Así, las fuerzas revolucionarias pudieron impulsar la lucha política y consolidar la instalación de un gobierno socialista.

Como puede apreciarse (según la síntesis expuesta en los párrafos anteriores), la sociedad de clases en América Latina ingresó en una nueva etapa decisiva. Tanto las experiencias populistas más desarrolladas (getulismo, peronismo, cardenismo) como las experiencias revolucionarias más notables (destacándose la revolución socialista en Cuba (denotan un progresivo ensanchamiento de los cuadros históricos de la política latinoamericana. Sin embargo, para comprender mejor la naturaleza de esas transformaciones es necesario examinar en mayor detalle tres diferentes problemas. Nos referimos a las características de la estructura social, a los cambios ocurridos en las organizaciones y prácticas políticas y, finalmente, al papel desempeñado por el imperialismo.

Veamos, en primer lugar, cómo se presenta la estructura social en sus aspectos principales. Conforme a lo afirmado anteriormente, la diferenciación del sistema económico-social produjo las líneas maestras de un sistema de clases sociales perfectamente configurado. En gradaciones distintas, conforme el país, los

<sup>15</sup> *The Economist para América Latina*, vol. 2, núm. 10, 15 de mayo de 1968, p. 13.

<sup>16</sup> El gobierno de Allende, iniciado en 1970, no está exento del patrón populista de combinación y alianza de clases. Además, si el programa socialista no pudiera avanzar más allá del punto crítico (control real del aparato estatal), ese gobierno puede configurarse como una experiencia populista más. Esto es, esa será una posibilidad.

elementos políticos y culturales de un orden social oligárquico fueron superados por los elementos específicos de la sociedad de clases. Las ambigüedades estructurales heredadas del siglo XIX fueron alteradas a mediados del siglo XX. La sociedad oligárquica fue sucedida por la sociedad de clases. Esto significa que en esta sociedad las contradicciones más profundas aparecen y se desarrollan por medio de determinaciones básicas. En aquella sociedad, bajo el orden oligárquico, las contradicciones profundas no se revelaron abiertamente a no ser en acontecimientos esporádicos, excepcionales. En la sociedad oligárquica la lucha por el poder está mucho más circunscrita a las luchas entre los grupos componentes de la clase dominante.

No hay duda de que existen desigualdades internas profundas en los países de América Latina. Los propios segmentos oligárquicos aún son poderosos en la mayoría de las naciones. Sin embargo, las transformaciones sociales, económicas y políticas ocurridas desde la Primera Guerra Mundial, colocaron a las instituciones de tipo oligárquico en un segundo plano. En términos de la estructura de poder dominante, los patrones y las técnicas oligárquicas fueron sustituidos por los patrones y técnicas democráticos. En cuanto sobreviene la dictadura (civil o militar), ésta posee el carácter de dominio burgués. El Estado oligárquico dio lugar al Estado burgués, propiamente dicho, sea democrático o dictatorial.

Sin embargo, persisten las desigualdades económicas y sociales; subsisten situaciones comunitarias y oligárquicas en el interior del sistema nacional, organizado según los esquemas de las sociedades de clase. Como dice el economista chileno Carlos Romeo, existen enormes diferencias de nivel técnico entre los diversos dominios de la producción. En consecuencia, la situación obrera y campesina varía, desde el trabajo asalariado perfeccionado hasta la remuneración en especie, desde el trabajo mecanizado hasta la simple recolección. Las relaciones de producción presentan diferentes niveles de desarrollo a causa de los distintos niveles de organización técnica de la producción. En la mayoría de los países las sociedades parecen organizarse en círculos concéntricos, en segmentos graduados, correspondientes a los distintos niveles técnico-económicos del sistema productivo. Así, asienta Carlos Romeo:

Les produits s'écoulent également de la périphérie vers le centre, sous forme de marchandises. Les prix comportent le profit du capital qui les a produits, la rente du propriétaire de la terre, les

recettes des latifundistes. Mais ils comportent aussi les salaires extrêmement bas des travailleurs et la misère dans laquelle ils vivent. L'argent que reçoivent les paysans, les métayers, les indigènes, en échange du produit de leur travail, sanctionne implicitement les conditions qui sont les leurs et le peu de prix attaché a leur travail, cependant que ceux qui achetant ces produits *profitent objectivement de ce qu'ils ont d'avantageux*. C'est ainsi que les niveaux de vie les plus élevés sont possibles grâce aux niveaux de vie les moins élevés. *A l'intérieur du capitalisme, le maintien des conditions de vie des couches les plus élevées de la société exige le maintien des conditions de vie des couches les plus basses*. La polarisation des richesses est donc la condition *sine qua non* du maintien de ces sociétés.<sup>17</sup>

En este contexto, la estratificación técnico-económica vuelve aún más acentuada la explotación de una clase por otra. Más todavía, esa explotación aparece también en las relaciones entre los grupos sociales que componen las clases principales.

Il s'agit d'un rapport d'exploitation entre producteurs de statut technico-économique inégal, échangeant leurs produits suivant un principe d'équivalence qui implique la reconnaissance mutuelle de leur inégalité. En résumé, l'échange inégal consiste à troquer une petite quantité de travail hautement rémunéré contre une grande quantité de travail faiblement rémunéré.<sup>18</sup>

En este sistema de relaciones económicas, las desigualdades (acentuadas o no) tienden a preservarse. Así, al lado de una estratificación social vertical que integra asalariados (urbanos, industriales y rurales) y propietarios de los medios de producción, se verifica una estratificación horizontal, que se vuelca sobre los obreros industriales mejor situados, que al proletariado agrícola. En la base del sistema social, pero participando del producto social en proporción bajísima, se encuentran los campesinos, los mineros y las poblaciones "marginales" de los grandes centros urbanos e industriales. En cuanto a la explotación de las masas

<sup>17</sup> Carlos Romeo, *Sur les Classes Sociales en Amérique Latine*, Paris, François Maspero, 1968, pp. 29-30. Consultar también: Economic Commission for Latin America, *The Process of Industrial Development in Latin America*, New York, United Nations, 1966, pp. 74-83; Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1965, pp. 57-58.

<sup>18</sup> Carlos Romeo, *op. cit.*, p. 30.

campesinas, basta recordar que los problemas agrarios aparecen como fundamentales en las tres revoluciones ocurridas en América Latina. De acuerdo con las aserciones de Cole Blasier, científico político norteamericano, en un estudio sobre las revoluciones ocurridas en México, en Bolivia y en Cuba:

Agrarian issues are central to understanding all three revolutions because of agriculture's importance in each country. On the eve of the revolution the rural population predominated in Mexico (c. 69%) and Bolivia (c. 73%). In Cuba, where the rural population had fallen below the half-way mark (c. 43%) by 1959, sugar, and agriculture product, dominated the economy. (...)

In all three countries before the revolution, agriculture suffered from insufficiently intensive exploitation, inefficiency, and most of the social evils associated with underdevelopment. Many contemporary authorities blamed this situation in part on antiquated systems of land tenure in Mexico and Bolivia. In Cuba, the tendency is to place greater emphasis on the failure of management to modernize and diversify.<sup>19</sup>

En el conjunto de las economías nacionales de América Latina, la situación de los trabajadores agrícolas es cada vez peor en la escala de participación del producto social. Aun cuando hayan ocurrido algunos cambios organizativos y tecnológicos en varios sectores del mundo agrario, los diversos proletariados agrícolas continúan en conjunto, ocupando el punto más bajo de la escala social. Según el estudio realizado por la CEPAL, en base a datos relativos a los años que culminan en 1960.

El ingreso promedio del trabajador agrícola era mucho más reducido que el del trabajador ocupado en actividades no agrícolas. Así ocurre, con mayor o menor intensidad, en todos los países de la región. Dichos promedios ocultan la verdadera situación económica de la gran masa campesina, en virtud del extremo desequilibrio que se registra en la distribución del ingreso agrícola.<sup>20</sup>

No hay duda de que el proletariado agrícola se encuentra en una situación inferior si se la compara con

<sup>19</sup> Cole Blasier, "Studies of Social Revolution: Origins in Mexico, Bolivia and Cuba", reimpreso por *Latin American Research Review*, vol. II, núm. 3, Summer 1967, pp. 28-64; citas en pp. 31 y 32.

<sup>20</sup> CEPAL, *Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana*, op. cit., pp. 57-58.

la situación del trabajador industrial. Sin embargo, en el seno del propio proletariado industrial existen desniveles acentuados. Nuevamente, estas desigualdades están relacionadas con la estratificación tecnológica y económica de las ramas y empresas fabriles. Según un estudio publicado por la CEPAL en 1966, la mayoría de los países latinoamericanos a nivel salarial en el sector secundario varía de una manera bastante acentuada dentro de un mismo país. Los datos revelan que:

Wages per persons varied considerably from one branch on industry to another, the ratio between the extremes being 1 to 2 in Brazil, 1 to 3 in Chile, México and Venezuela, and 1 to 5 in Colombia. The lowest levels are usually found in the footwear and made-up goods and the wood and furniture industries, while the highest are for petroleum and coal products and transport equipment in the case of Brazil and for rubber in that of Peru. (...)

By dint of paying lower wages, the less productive enterprises are able to keep their footing in the market, from which they certainly be dislodged if other forces powerful enough to support a more uniform wage system were to prevail.<sup>21</sup>

Es en este contexto social y económico que las relaciones de clase evolucionaron de los patrones de alianza hacia los patrones de antagonismo. La propia diferenciación económica y social interna del sistema creó mayores y más complejos desniveles entre las clases y los grupos sociales. Éste es, pues, uno de los planos en que la política de masas sufre un colapso. La política de conciliación, inherente al populismo, no puede subsistir donde las desigualdades sociales se multiplican y agravan. Ocurre que amplios sectores del proletariado industrial y agrícola se mantienen pauperizados. Al lado de la *pauperización relativa*, permitida por todo el sistema, sobreviene también la *pauperización absoluta*. Conforme al análisis realizado aquí, la estratificación técnico-económica produce cambios desiguales: *Se cambia una pequeña cantidad de trabajo altamente remunerado por una gran cantidad de trabajo pobremente remunerado*. Es obvio que ese sistema de relaciones consolida o agrava la pauperización. En general, el sector económico más desarrollado técnicamente presenta ritmos más acelerados de crecimiento. Los diferentes grados de organización tecnológica

<sup>21</sup> Economic Commission for Latin America, *The Process of Industrial Development in Latin America*, op. cit., pp. 79 e 80.

de la producción indican también diferentes grados de potencialización de la fuerza de trabajo.

Veamos ahora, en segundo lugar, otro orden de problemas: aquellos sin los cuales no es posible comprender por qué las relaciones de clase en América Latina entran en una nueva etapa. El problema central consiste en saber qué transformaciones ocurren en la vida política de varias naciones, cuándo se revelan las limitaciones de las organizaciones y técnicas políticas de tipo populista. En este sentido, se trata de saber cómo sobreviene la aparición de las organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones revolucionarias en contraposición al reformismo burgués o al reformismo de las izquierdas “tradicionales”.

Pero antes conviene recordar que las organizaciones y liderazgos políticos de izquierda (socialistas, anarco-sindicalistas y comunistas) creados durante las cinco primeras décadas del siglo xx sucumbieron o fueron absorbidos por los partidos o movimientos nacionalistas. El desarrollismo nacionalista (combinando intereses de grupos y clases sociales) fue más poderoso que el radicalismo teórico y abstracto de la mayoría de los partidos, sindicatos y movimientos izquierdistas tradicionales. En muchos casos, esas organizaciones de izquierda fueron absorbidas en la política de masas, en nombre de una alianza táctica. Otras veces, simplemente quedaron marginadas, transformándose en “clubes” de debates políticos. En algunos casos, los partidos, sindicatos y movimientos de izquierda, creados antes y luego después de la Primera Guerra Mundial, consiguieron renovarse, ajustándose a las nuevas condiciones políticas, sin perder la perspectiva revolucionaria. En ese conjunto, sin embargo, fueron “superados” por el populismo. No consiguieron huir de la fascinación ejercida por el nacionalismo político y económico dirigido por Cárdenas, Vargas, Perón y otros. En este proceso, también sucumbieron a la *demagogia* populista las organizaciones sindicales oficializadas. En este cuadro, el *pelele* o el *charro* (brasileño, mexicano, argentino, etcétera) se convierte en líder obrero oficial. Poco a poco, se confunden medios y fines, tácticas y estrategias. Poco a poco, la dialéctica deja de ser un método de acción para volverse un ejercicio de retórica populista. La práctica populista llevó a las izquierdas (especialmente a los partidos comunistas tradicionales) a transformar la dialéctica en una filosofía del optimismo.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> A propósito de la absorción de amplios sectores políticos de izquierda por los movimientos populistas, consultar: Régis

Lo que nos brinda otra lección latinoamericana: la “atomización” de la izquierda se debe a su falta de penetración en los movimientos de base, en las formas organizativas y de lucha que surgen de la experiencia directa y de la tradición de obreros y campesinos. Las discusiones entre intelectuales y entre direcciones “doctrinarias” no tienen fin: son oposiciones “vacías” y puramente “especulativas”, en cuanto están al margen de la dinámica de la sociedad y de la historia.<sup>23</sup>

Paulatinamente, sin embargo, la crítica del populismo y de la izquierda comprometida con el reformismo burgués o socializante produjo resultados prácticos o teóricos. De un lado, el debate teórico abrió y continúa abriendo otras perspectivas a las organizaciones políticas existentes, o recién creadas. Por otro, las transformaciones sociales colocaron bajo nuevas perspectivas una política de izquierda propiamente revolucionaria. Además, las experiencias populistas revelaron sus propias limitaciones. Las contradicciones inherentes a la política de masas acabaron por imponer a las izquierdas realmente marxistas un panorama político totalmente nuevo. La deteriorización del cardenismo, el colapso del peronismo, la ineficacia del aprismo, las frustraciones del getulismo —entre otras experiencias negativas— colocaron a la izquierda latinoamericana frente a una situación política nueva.

Una de las razones por las que estas experiencias entraron en crisis se localiza en el “agotamiento” de la política de sustitución de importaciones. El populismo (de Cárdenas, Vargas, Perón y otros) era la contrapartida política del modelo de desarrollo económico “hacia adentro”, conforme al lenguaje difundido por los técnicos de la CEPAL. A partir de cierto momento, esta política económica agota sus posibilidades en términos de lo que se propone. En la mayoría de los países el proteccionismo aduanero y el nacionalismo económico, que habían favorecido la industrialización monopolista, se transforman en obstáculos para el ingreso del país en una nueva etapa de expansión económica. Las mismas instituciones que favorecen la industrialización de tipo nacionalista, se transforman en

Debray, *Essais sur l'Amérique Latine*, Paris, François Maspero, 1967; Víctor Flores Olea, *Socialismo y política en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1966; Carlos Romeo, *Sur les Classes Sociales en Amérique Latine*, op. cit.; Rodolfo Stavenhagen, “Siete Tesis Equivocadas sobre América Latina”, *Política Externa Independiente*, núm. 1, Río de Janeiro, 1965.

<sup>23</sup> Víctor Flores Olea, *Socialismo y política en América Latina*, op. cit., p. 70.

impedimento para los patrones de intercambio externo exigidos por la continuidad de la industrialización. Las nuevas necesidades de capital, tecnología y *know how*, no pueden ser atendidas en el cuadro de las instituciones nacionalistas y proteccionistas. En este momento se evidencia la imposibilidad (o las dificultades) de un capitalismo nacional. En general, la crisis del modelo desarrollista “hacia adentro” (esto es, en modelos capitalistas) sobreviene simultáneamente a la crisis de la política de masas. En México, después del gobierno de Cárdenas (1934-1940), los nuevos gobernantes restablecen y desarrollan relaciones económicas de cooperación con los Estados Unidos. Renace, entonces, el modelo de desarrollo *dependiente*, que después se volverá política general de los Estados Unidos en América Latina. Uno de los puntos principales de la política de interdependencia es la asociación de capitales externos con capitales nativos. En Argentina, por su parte, después de los años de prosperidad (1933-52), la economía entra en crisis. La política de masas comienza a adquirir en seguida tonalidades inesperadas y no deseadas por los propios liderazgos burgueses del peronismo. En 1955, un golpe de Estado pone fin a la experiencia del desarrollismo nacionalista. Al mismo tiempo, se establecen relaciones económicas y políticas de nuevo tipo con los Estados Unidos. En Brasil, los años de desarrollo económico acelerado terminan en 1962. En seguida, la política de masas comienza a perjudicar la hegemonía del propio Estado burgués, al cual se ligaba. El golpe de Estado de 1964 liquida simultáneamente las instituciones que habían protegido el desarrollismo nacionalista y el populismo.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Ya se hicieron algunos estudios importantes sobre las limitaciones y ventajas de las estrategias de desarrollo económico experimentadas en los países de América Latina. A propósito, consultar: Alonso Aguilar Monteverde, *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967; Víctor Flores Olea, *Socialismo y política en América Latina*, *op. cit.*; Celso Furtado, *Subdesarrollo e Estagnación en América Latina*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966; Economic Commission for Latin America, *The Process of Industrial in Latin America*, *op. cit.*; Denis Lambert, “Les ‘Faux Découpages’ et l’Amérique Latine”, *Revue Tiers-Monde*, núm. 30, Paris, 1967; Osvaldo Sunkel, “Política Nacional de Desarrollo y Dependencia Externa”, *Estudios Internacionales*, núm. 1, Santiago de Chile, 1967; Aníbal Pinto, *La distribución del ingreso en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1967; Andre G. Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, New York, Monthly Review Press, 1967; Helio Jaguaribe, *Economic & Political Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1968; Theotonio dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1967.

Además, el éxito político de la revolución socialista en Cuba reveló nuevas perspectivas para la transformación de los movimientos de masa en lucha de clase. En un principio, la revolución comandada por Fidel Castro se proponía derrumbar la dictadura de Batista. Se proponía crear un gobierno democrático y reformista, de cuño popular. Más tarde, después de tomar el poder, avanzó más. De un lado, las presiones reaccionarias internas y externas se manifestaron de un modo vigoroso. Por otro, la propia revolución había creado las condiciones de su continuidad y profundización. Así, la transformación de un movimiento antidictatorial en una lucha por la liquidación del régimen capitalista pasó a ser la experiencia más avanzada de la izquierda revolucionaria en América Latina. En este cuadro de acontecimientos políticos, la demagogia populista latinoamericana está siendo sustituida por la práctica revolucionaria. En consecuencia, los cuadros burgueses del populismo pasaron a utilizar otro lenguaje. En muchos casos están ayudando a crear regímenes políticos de carácter fascista.

Este es el contexto histórico en que el imperialismo desempeña un papel dinámico. Dentro de los varios órdenes de problemas que explican la nueva configuración de la estructura de clases y las nuevas relaciones entre las clases, el imperialismo surge como un proceso político-económico muy importante. Al lado de los cambios ocurridos en la estructura social, así como las transformaciones ocurridas en las organizaciones y prácticas políticas, el imperialismo es el tercer elemento. Pero no por eso menos importante.

Es obvio que la actuación del imperialismo no es homogénea ni unilineal. Las relaciones económicas, políticas y militares de los Estados Unidos con los países de América Latina varían tanto en sus intenciones y técnicas como en lo que dice respecto a reacciones nacionales. En líneas generales, puede hablarse de varias etapas de actuación imperialista: *Big Stick Policy*, *Política del Buen Vecino*, *Punto IV*, *Alianza para el Progreso*. Pero éstas son las fases más características y sus apariencias generales. En la práctica, las relaciones económicas, políticas, militares y culturales entre los Estados Unidos y la América Latina oscilaron, y oscilan bastante, según el “acaso” de las fuerzas que se hallan en confrontación. Las relaciones entre los Estados Unidos y México, por ejemplo, evolucionaron en escala y ritmo diferente a las relaciones entre aquel país y el Brasil. Esto también es válido para las otras naciones.

Sin embargo, en la evolución histórica de las relaciones entre los Estados Unidos y, tomados en conjunto, los países de América Latina, existe alguna regularidad sistemática. Por un lado, esas relaciones se desarrollaron según las exigencias del intercambio económico. Así en una fase inicial predomina el *comercio* de manufacturas con productos tropicales y materias primas. En seguida, o paralelamente (según el país), se realizan *inversiones* en empresas mineras y fábricas productoras de energía eléctrica. En una etapa posterior, los empresarios y el propio gobierno norteamericano comienzan a preconizar una política de *asociación de capitales*. Se trataba de participar de los beneficios del desarrollo industrial en curso en varios países de América Latina. Esa política de asociación de capitales extranjeros y nativos comenzó a ser puesta en práctica después de las audaces nacionalizaciones ocurridas en México (1937-38), y también a causa de las medidas, inspiradas en el nacionalismo económico, tomadas en Argentina, Bolivia, Chile y Brasil. Esta política de asociación de capitales se reveló doblemente ventajosa: propicia cierta economía de capitales apoyada por los inversionistas, pues se combinaban (y se combinan) recursos norteamericanos (y también alemanes, japoneses, franceses, italianos, ingleses) con recursos locales; y permite conformar el nacionalismo político difuso en la opinión pública tanto como las barreras aduaneras.

Últimamente, en especial, a partir de 1961, cuando se realizó la Conferencia de Punta del Este, las relaciones entre los Estados Unidos y las naciones de América Latina comenzaron a ser orientadas hacia la *política de interdependencia*, en términos bilaterales y continentales. En esta etapa, el intercambio económico pasa a quedar determinado por las conveniencias e intereses de las corporaciones multinacionales.<sup>25</sup> En este sentido, las condiciones y posibilidades de cada país pasan a determinarse también por las conveniencias de la creación de un mercado común latinoamericano. Esto significa, por ejemplo, una tendencia a la consolidación y a la expansión de las hegemonías de México, Brasil y Argentina, sobre los varios grupos de otras naciones. Es claro que la hegemonía de esos países es subalterna, esto es, se halla determinada por las relaciones económicas, políticas y militares con los Estados Unidos.

<sup>25</sup> En cuanto a este asunto, consultar la bibliografía mencionada en la nota anterior.

Pero la sistematización revelada por la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina no se agota en este plano. Ha sido largamente determinada por las razones de seguridad de aquel país. Sea la seguridad concebida en base a la geopolítica hemisférica, sea la seguridad concebida en el cuadro de la Guerra Fría, en los dos casos las razones estratégicas, políticas y económicas se interpenetran. En este sentido, la hegemonía norteamericana sobre los países de América Latina avanza y se profundiza, a partir de las fronteras (terrestres y marítimas) de los Estados Unidos. En general, las manifestaciones más violentas del imperialismo yanqui ocurren en los países más próximos a aquel país. Las pequeñas naciones (Nicaragua, Cuba, Puerto Rico, Guatemala, República Dominicana) no escaparon ni a las intervenciones armadas ni a las ocupaciones.

Sin embargo, el imperialismo aparece como un elemento crucial en el desarrollo de las relaciones entre las clases sociales en América Latina. En muchos aspectos parece que la actuación imperialista ejerce un papel dinámico en la radicalización de las contradicciones entre las clases sociales en los países dependientes. Probablemente no es casualidad que la primera nación socialista en América Latina surgiera precisamente en la región donde el imperialismo era más activo y agresivo. Además, la actuación imperialista ha sido apuntada como uno de los principales elementos de la eclosión de las revoluciones mexicana, boliviana y cubana.

In all three countries "imperialism", especially United States "imperialism", had long been a politically sensitive subject. On the eve of these revolutions the United States was an especially important market for a variety of Mexican products, for Cuban sugar, and Bolivian tin. In addition, U.S. investments in Mexican and Cuban land, extractive industries, public utilities, and manufacturing caused friction. Discrimination in favor of North American residents and tourists in Mexico and Cuba, and against the native born, exacerbated relations. In both countries anti-Americanism was firmly rooted from the time of the Mexican War and the Platt Amendment. In Bolivia, many informed observers were extremely critical of absentee ownership of the largest tin mines and the Northamerican and other foreign managers, heavy foreign remittances, and the mine owner's manipulation of domestic politics from abroad.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Cole Blasier, "Studies of Social Revolution: Origins in Mexico, Bolivia and Cuba", *op. cit.*, pp. 36-37.

En suma, ése es el contexto histórico en que ocurren los nuevos avances de las masas revolucionarias en América Latina. Las transformaciones de la estructura económico-social, así como los cambios ocurridos en las organizaciones y prácticas políticas, además de las varias manifestaciones del imperialismo, producen *la metamorfosis de la política de masas en lucha de clases*. En contraposición al internacionalismo de la burguesía, poco a poco se oponen el internacionalismo del proletariado urbano y rural. Las naciones de América Latina han sido continentalizadas por los dos lados.

#### 6. Masas y clases sociales, nuevamente

Es preciso distinguir, finalmente, dos niveles principales en el populismo como proceso político específico de una etapa histórica de América Latina. Si es verdad que el populismo es un movimiento totalizante (integrando grupos y clases sociales en la lucha por el poder y por el desarrollo), también es verdad que encierra contradicciones básicas. No es un movimiento homogéneo ni se desarrolla pacíficamente. Sus contradicciones internas resultan, en última instancia, del hecho de que en un plano se encuentra la burguesía industrial, al paso que en el otro plano está el proletariado industrial. La alianza de clases, que es uno de los fundamentos de la política de masas, también es una razón importante en el fenómeno de su colapso. El populismo de la burguesía no es exactamente el populismo de las masas asalariadas. Examinemos otra vez en detalle esta cuestión.

En primer lugar, se destaca *el populismo de los gobernantes*, de las cúspides del sistema político-administrativo, de los políticos profesionales de la burguesía, de los peleles, de los demagogos. Se trata del populismo de las élites burguesas y de los sectores privilegiados de la clase media. Ése es el populismo que manipula o instrumentaliza a las masas. Al lado de las consignas reformistas y de una política de bienestar social, preconiza la armonía de clases sociales. La lucha por el desarrollo económico, particularmente industrial, depende de la paz social; al menos de la armonía entre la burguesía industrial y el proletariado. Puede ser totalitario o democratizante, de acuerdo con las exigencias de las relaciones con el capital extranjero, las naciones más poderosas, la oligarquía o la burguesía agrario-comercial.

En su esencia, el populismo de las élites produce la formalización del mercado de la fuerza de trabajo. Libera a los trabajadores de los lazos patronales, patriarcales o comunitarios que impregnan las relaciones de producción en la sociedad agrario-pecuaria y en los segmentos socio-económicos determinados tradicionalmente por el mercado externo. En este sentido, con la política de masas ocurre el último acto de disociación entre los trabajadores y los medios de producción, principalmente en el plano de la mentalidad de los trabajadores. Los procesos socioculturales que acompañan la re-socialización del trabajador en el ambiente urbano-industrial reducen la importancia relativa del principio del *valor de uso* en beneficio del principio del *valor de cambio*. En especial, los mecanismos inherentes al consumo aceleran la adopción de principios de mercantilización por parte de los trabajadores. De este modo, la política de bienestar social camina en armonía con el proceso de mercantilización de la fuerza de trabajo y de las relaciones sociales en general.

Paralelamente a la formalización de las relaciones de trabajo en el mercado de mano de obra, ocurre la *confiscación salarial*. La capacidad adquisitiva del salario apenas se mantiene o cae, al menos para algunos sectores fabriles. El salario mínimo y la inflación se conjugan en la política de ahorro monetaria forzada, comandada por la burguesía industrial. En principio, el salario mínimo se destina a proteger al trabajador de la pauperización. De hecho, es lo que ocurre en el plano general de las relaciones de producción. Al mismo tiempo, sin embargo, los límites establecidos por la política del salario mínimo crean las condiciones para que la inflación ejerza sus papeles de mecanismos de captación de una parte del salario de los trabajadores en general. Como mecanismo de confiscación salarial, la inflación precisa caminar a la par que el régimen del salario mínimo. Así, la burguesía industrial (que representa una de las etapas del populismo) provoca la realización de ahorros forzados que alimentan una parcela de las inversiones, industriales o no.

En el contexto de la política de masas, concebida y orientada por las élites burguesas, la clase obrera es inducida a luchas principalmente (o exclusivamente) contra los enemigos de sus enemigos. Éste es uno de los aspectos políticos más importantes de las alianzas entre clases sociales conseguidas bajo los regímenes de Cárdenas, Perón, Goulart y otros. Gran parte de la izquierda reformista estuvo y continúa estando comprometida con esa política; preconiza la lucha de la



clase obrera contra los enemigos de los enemigos de ésta. La lucha contra la oligarquía, la burguesía agrario-exportadora y el imperialismo, es presentada como la lucha principal, consumiendo la mayor parte de la movilización y de los recursos políticos del proletariado. Las ilusiones de consumo creciente, así como la movilidad social, apagan o debilitan en la conciencia obrera, las contradicciones entre proletarios y burgueses. Muchas cosas se confunden en sus mentes, en especial en las épocas de mayor éxito del populismo.

En situaciones críticas, sin embargo, las élites burguesas del populismo abandonan a las masas. Esto ocurre siempre que la tasa de desarrollo cae y se aproxima a cero, cuando los trabajadores avanzan bastante en sus reivindicaciones políticas. Fue lo que ocurrió en Argentina y en Brasil, por ejemplo, dando lugar a los golpes de Estado contra Perón (1955) y Goulart (1964). En las épocas críticas, las propias élites burguesas del populismo no admiten la continuidad de la política de masas. Es que en esas ocasiones la politización de las masas obreras se desarrolla de un modo batante acelerado. Al lado de una organización política cada vez más vigorosa (cuando las confederaciones obreras asumen la preeminencia política en el escenario nacional) sobreviene una concientización acelerada sobre las dimensiones oscuras del poder populista. Por eso, los sectores burgueses de la política de masas prefieren apoyarse en otros grupos e instrumentos de poder. En las ocasiones de crisis las fuerzas armadas, el clero y el grueso de la clase media reaparecen como fuerzas políticas de estabilización. En los momentos críticos, el debilitamiento político y económico de la burguesía "nacional"<sup>27</sup> obliga a ésta a dividir el poder con los

<sup>27</sup> El concepto de *burguesía nacional* ha sido bastante utilizado en los análisis y actividades de las izquierdas reformistas en América Latina. En especial fue y es fundamental en las interpretaciones y actuaciones de los partidos comunistas. Sin embargo, ese concepto no resulta del análisis científico de la situación económica y socio-política de las naciones latino-americanas. Fue principalmente, la situación colonial y de dependencia de los pueblos de Asia y África la que inspiró la elaboración de esa categoría política. Cabe observar, también, que los partidos comunistas latinoamericanos nunca hicieron un esfuerzo sistemático en el sentido de criticar y reelaborar el concepto, teniendo en cuenta las condiciones históricas y las contradicciones reales de los países de América Latina. A propósito de los orígenes e interpretaciones soviéticas de la noción de burguesía nacional, consultar: Henri Jourdain y otros, "Sobre o Papel de Burguesia no Movimento de Libertação Nacional", en *Problemas de Paz e do Socialismo*, núm. 7, Rio de Janeiro, pp. 77-98; *Por la independencia nacional*, obra editada por la revista y editora Problemas de la Paz y Socialismo, Praga, 1962; Alexei Rumiantsev, organizador, *La estructura*

otros grupos sociales comprometidos con el orden capitalista. En estas circunstancias todos los grupos de la clase dominante y sus instrumentos apelan a los principios religiosos, a la sagrada familia, a la estabilidad institucional, a los principios de jerarquía y del orden, a la civilización occidental, etcétera. En toda situación realmente crítica, la burguesía "nacional" rompe los compromisos tácticos con el proletariado y algunos sectores de la clase media, en bien de sus razones estratégicas.

En segundo lugar, todavía se plantea *el populismo de las propias masas*. Éste es desordenado en cuanto a técnicas de acción; es poco estructurado en cuanto a metas. Colocado entre los partidos y los sindicatos, se deja confundir por la burocracia administrativa. Es evidente que la burocratización acentuada de la vida sindical en la época del populismo fue dirigida por los liderazgos burgueses. En varios casos, como en Argentina, en Brasil y en México, esa burocratización vinculó todo el sistema sindical al aparato estatal. En muchos aspectos, el proletariado se dejó enredar en el *pelelismo* o *charrismo* y en la ilusión de participar del poder. Además, las participaciones de los sindicatos y confederaciones en la lucha por las reformas institucionales, así como en las campañas electorales, en general daban (y aún dan, como en México) la ilusión de un poder político; de hecho, ese poder es inexistente, o es bastante reducido.

El populismo de las masas se singulariza por el tipo de conciencia social configurado en las condiciones creadas por el desarrollismo nacionalista. Pero más que esto, la conciencia obrera se encuentra profundamente impregnada de los valores y esquemas socio-culturales inherentes a la re-socialización del ambiente urbano-industrial. La propia participación en movimientos sindicales y políticos es una adquisición reciente de las masas asalariadas. En varios aspectos, la conciencia obrera está dominada por la conciencia de la movilidad social preconizada por el populismo de las élites burguesas. En un plano, la conciencia obrera se encamina en el sentido que determina la mercantilización de las relaciones de producción y de las relaciones sociales en general. En otro plano, la misma conciencia obrera está impregnada de áreas oscuras, de elementos

*de la clase obrera*, Praga, Editorial Paz e Socialismo, 1963; Thomas Perry Thornton (Editor), *The Third World in Soviet Perspective* (Studies by Soviet Writers on the Developing Areas), Princeton, Princeton University Press, 1964, caps. 5, 7 y 14.

mágico-religiosos, de apego a los valores y esquemas acumulados en experiencias pre-urbanas y pre-industriales. Las masas populistas no soportan vivir todo el tiempo según las determinaciones del mercado. Se vuelven frecuentemente a las actividades religiosas y lúdicas producidas en las comunidades del mundo agrario. En la época de la política de masas, el proletariado se halla insertado en el proceso de secularización de la cultura. La secularización de su comportamiento y de su mentalidad produce efectos y exigencias muchas veces antagónicos.

Poco a poco, no obstante, el comportamiento político de los obreros se va organizando según las exigencias de la *situación obrera*. Las relaciones con la máquina y con los otros trabajadores, con el propietario de los medios de producción y con el mercado, producen una clarificación creciente de la actividad del obrero. Su existencia real, en el seno del proceso productivo, provoca y posibilita la creación de nuevos horizontes de su actuación y comprensión. Sin embargo, sea en su comportamiento efectivo, sea en su mentalidad, se combinan o se mezclan el presente y el pasado, el patrón y el empresario, los trabajadores y los administradores, los sindicatos y las asociaciones, los gobernantes y los gobernados, el partido y la Iglesia, el ejército y la nación, el orden político-social presente y las exigencias de progreso personal. La cultura de masas y la manipulación ideológica, por parte de las clases dominantes, están orientados en este sentido. Además, la propia política de alianza de clases, que fomenta el populismo, se vuelve en aquella dirección. Se combinan y se mezclan los planos. Así, la actuación práctica de las masas no corresponde a una conciencia política adecuada y consciente. Se manifiesta una contradicción más o menos profunda entre el modo de actuar y el pensamiento, especialmente en el plano colectivo. Por razones histórico-culturales y políticas, la visión del mundo de las masas permanece en un atraso relativo a su situación real, a su posición en el proceso productivo. Es en este sentido que las masas del populismo son *subalternas* o *subclases*. Conforme a las palabras de Antonio Gramsci, refiriéndose al hombre activo de las masas, dice lo siguiente:

Es casi posible decir que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una, implícita a su acción, y que realmente no une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; la otra, superficialmente ex-

plícita o verbal, que heredó del pasado y acogió sin crítica.<sup>28</sup>

En este plano se localiza la ambigüedad del populismo desde el punto de vista de las masas. A partir de la perspectiva de las propias masas, el populismo (cardenismo, getulismo, peronismo, odrirismo, velasquismo, marinismo y otros) encierra una contradicción fatal. Esta contradicción se configura en la identificación de los liderazgos de los “tiempos de paz” o de la “normalidad” como liderazgos efectivos y permanentes. El error fundamental de las masas y de las izquierdas populistas es que aceptan y se conforman con los liderazgos, organizaciones e interpretaciones burguesas, en cualquier tiempo. En apariencia, la aceptación de estos elementos es táctica. De hecho, sin embargo, esos liderazgos, organizaciones y técnicas son aceptadas plena y exclusivamente.

En las épocas de crisis profunda, sin embargo, las ambigüedades de la situación de masas se revelan, o se tornan más explícitas. Se revelan las contradicciones entre el modo de actuar y el modo de pensar. La visión del mundo, incoherente con respecto a la situación obrera en el modo de producción, tiende a aclararse. De inmediato, y de manera casi “chocante”, las contradicciones se imponen a la mente de las masas, produciendo una nueva conciencia de la situación. En este instante se produce la verdadera conciencia política obrera. Según las palabras de Gramsci, al tratar el problema de la mentalidad y del comportamiento político de las masas subalternas:

La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (esto es, la conciencia política) es la primera etapa de una ulterior y progresiva autoconciencia, en la cual teoría y práctica finalmente se unifican.<sup>29</sup>

En este contexto, los trabajadores comienzan a aceptar la práctica de la violencia como una práctica política extrema pero necesaria. Abandonan la pasividad optimista o el deslumbramiento subjetivo inherentes al populismo. Se encaminan hacia la práctica de la violencia revolucionaria, para hacer frente a la

<sup>28</sup> Antonio Gramsci, *Concepção Dialéctica da História*, trad. de Carlos Nelson Coutinho, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966, p. 20.

<sup>29</sup> Antonio Gramsci, *op. cit.*, p. 21. Consúltense también: Eric J. Hobsbawm, “Para el estudio de las clases subalternas”, *Pasado y presente*, año 1, núms. 2-3, Buenos Aires, 1963, pp 158-167.

violencia de la alienación. Fueron estas ocasiones cuando los obreros, campesinos y estudiantes universitarios pidieron armas a Árbenz, Perón y Goulart. A la violencia reaccionaria o fascistoide querían oponer la resistencia popular. Pero esto no fue posible, ya que el populismo es intrínsecamente a-revolucionario. La verdad es que el populismo es anti-revolucionario, fenómeno que se manifiesta de modo claro en las épocas en que el poder burgués entra en crisis.

De hecho, en “tiempos normales” el populismo es a-revolucionario. Es esencialmente reformista, apoyado en la doctrina de la “paz social” o de la “armonía” de las clases sociales. En realidad, es un “frente único”, una “alianza de clases” o un movimiento político “supraclases”, combinando varias clases sociales alrededor de metas aparentemente congruentes. En este sentido, el progreso que puede alcanzarse depende de las reformas negociadas. En tiempos de crisis, sin embargo, el populismo revela su contenido anti-revolucionario. O mejor, se revela el contenido anti-revolucionario de su orientación ostensivamente reformista. En épocas de crisis, las organizaciones, técnicas, liderazgos e ideologías populistas se revelan incapaces de transformarse en el sentido de la revolución. Pero, más que esto, se revelan anti-revolucionarias. En la mayor parte de los casos, los cuadros burgueses y de la clase media del populismo se componen con los otros grupos de clase dominante. Y se abandona a las masas. Exactamente en el momento en que *las masas se transforman en clases, como categorías políticas*, quedan apresadas en las redes de las organizaciones técnicas, liderazgos e ideologías del populismo.

Volvamos a los hechos. La verdad es que las transformaciones sociales y económicas ocurridas en la época más importante del populismo no resolvieron el problema de las masas. Tampoco concretizaron el ideal de un *capitalismo nacional*, como querían Cárdenas, Perón, Vargas y otros. El hecho es que varios procesos económicos y socio-políticos continuaron alterando la situación real y las perspectivas de los trabajadores en general. Las migraciones rurales-urbanas continuaron desarrollándose. En algunos casos se prosiguió la política de industrialización, aun con efectos limitados desde el punto de vista de la ampliación del mercado de fuerza de trabajo. En la mayoría de los países de América Latina, el Estado realizó esfuerzos crecientes en el sentido de crear y mantener “frentes de trabajo”

para incorporar productivamente a las masas al ejército de reserva de los trabajadores. En conjunto, sin embargo, las contradicciones estructurales internas y externas se agudizaron. El propio desarrollo de esas contradicciones llevó al colapso al populismo como modelo político de desarrollo y emancipación. En consecuencia, se crearon condiciones nuevas para la resolución política de los problemas latinoamericanos. Surgieron nuevas condiciones revolucionarias de desarrollo económico-social y político. Según afirma el historiador inglés Eric. J. Hobsbawn, refiriéndose a la situación del proletariado agrícola e industrial en América Latina:

The explosive potencial of the countryside may be diminishing, because of its rapid relative depopulation, but not its possibilities as a base for guerrilla action. The explosive potential of the cities would be diminishing only if the industrialization of the republics were capable of providing employment at the rate of migration, or if alternative employment became available. Neither is so far the case.<sup>30</sup>

Este es el cuadro general de las relaciones de clase en las sociedades latinoamericanas actuales. Poco a poco se establece más abiertamente la contradicción proletariado-burguesía. Aun cuando el antagonismo sociedad nacional-economía dependiente continúe operando dinámicamente como contradicción importante, la verdad es que el proletariado urbano y rural se opone a la burguesía “nacional” e “internacional” en términos cada vez más políticos. En este sentido, el fin de la política de masas señala los inicios de una nueva época de abierta lucha de clases. Así como no parece viable el capitalismo nacional en América Latina, tampoco parece ser viable el camino pacífico para el socialismo. Los dos modelos están apoyados en la política de masas, que también se agota con ellos. En consecuencia, se instaura más abiertamente la lucha de clases. En un extremo se halla el proletariado industrial y agrícola, mientras que en el otro extremo se encuentran las burguesías nacional e internacional.

<sup>30</sup> Eric J. Hobsbawn, “Peasants and Rural Migrants in Politics”, publicado en la obra de Claudio Veliz (Editor), *The Politics of Conformity in Latin America*, London, Oxford University Press, 1967, pp. 43-65; citado en p. 65.